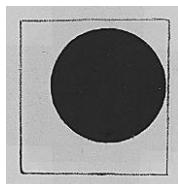


La suerte no y en su
bueno suayor está
construida sole tri-
tornos primitivos. Lo
lo encierra los lodos
mas inmediata to-
La voz del criollo cele-
expresa lo mas suci-
llo, funda en el tal,
ca para verdad ori-
ginal y desnuda.
¿Cuál es esa perra
verdad? En el hoy
he la piau tragedia
de haber nacido para
morir. Nada como es-
ta música como es-
enario trágico. Aspi-
ración priuaria al
orden sole el caos
de la desolación, de

Homenaje a Rosario García del Pozo

Francisco Vázquez García
Rosalía Romero Pérez (eds.)

Inmaculada Murcia Serrano, Francisco Vázquez García, Rosalía Romero Pérez, Carmen Pérez Rodríguez, Carmen Hernández Martín, Carmen García Pastor, Jorge López Lloret, José Luis Moreno Pestaña, José Luis Tasset Carmona, Laura Villafuerte Rodríguez, Ascensión Marcelino Díaz, Diego Delgado Pastor, José Antonio Antón Pacheco, José Ordóñez García, Manuel Barrios Casares.



FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA, N° 22, 2025

ISSN: 1132-3329, E-ISSN: 2173-6464

DOI: https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.01

Homenaje a Rosario García del Pozo
editado por Francisco Vázquez García y Rosalía Romero Pérez

Fragmentos de filosofía

Editores

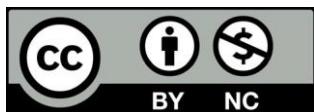
Juan José Gómez Gutiérrez (director)
Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla
Alejandro Martín Navarro
Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla
Fernando Gilabert Bello
Facultad de Filosofía, Universidad de Valladolid

Comité científico

José Luis Abdnour Nocera, University of West London
Fernando Ciaramitaro, Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Salvatore Cingari, Università per Stranieri di Perugia
Claudia Giurintano, Università di Palermo
Antonio Gutiérrez Pozo, Universidad de Sevilla
Anacleto Ferrer Mas, Universidad de Valencia
Jean-Yves Frétigné, Université de Rouen
Alicia de Mingo Rodríguez, Universidad de Sevilla
Antonio Molina Flores, Universidad de Sevilla
José Ordóñez García, Universidad de Sevilla
Alfonso Maximiliano Rodríguez de Austria Giménez de Aragón, Universidad de Cádiz
Hugo Viciana Asensio, Universidad de Sevilla

Producción editorial

Miguel Fernández Nicasio, Universidad de Sevilla



© de los textos: sus autores

Edita: Editorial Universidad de Sevilla

ISSN: 1132-3329; e-ISSN: 2173-6464

Facultad de Filosofía

Departamento de Estética e Historia de la Filosofía

C/ Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (España)

https://revistascientificas.us.es/index.php/fragmentos_filosofia/index

Correo: jgomez32@us.es



ÍNDICE

Presentación

Rosalía Romero Pérez y Francisco Vázquez García 7

Charo en el recuerdo: Rememorando las lechuzas y el legado del pensamiento

Inmaculada Murcia Serrano 10

Charo como colega

Francisco Vázquez García 11

Rosario García del Pozo, maestra y amiga

Rosalía Romero Pérez 14

Epimeleia heautou o Rosario García del Pozo

Carmen Pérez Rodríguez 17

De Charín a Rosario

M. Carmen Hernández Martín 19

Hablando entre mujeres

Carmen García Pastor 22

Mulier bona dicendi perita. Recuerdos con Charo

Jorge López Lloret 25

El brillo de Rosario

José Luis Moreno Pestaña 28

Rosario García del Pozo (1933–2024): Una rêverie ilustrada

José Luis Tasset Carmona 29

Profesora Rosario García del Pozo

Laura Villafuerte Rodríguez 32

Rosario García del Pozo. In memoriam

Ascensión Marcelino Díaz 33

Despedida a Rosario

Diego Delgado Pastor 35

Semblanza de Charo García del Pozo

José Antonio Antón Pacheco 36

... Detrás de esas gafas oscuras

Pepe Ordóñez García 37

Evocaciones del Zaratustra

(Evocando a Rosario García del Pozo)

Manuel Barrios Casares 39

Presentación

Rosalía Romero Pérez
Consejería de Educación, Junta de Andalucía, y
Universidad de Sevilla
Francisco Vázquez García
Universidad de Sevilla y Universidad de Cádiz
DOI:
https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.01

La profesora Rosario (“Charo”) García del Pozo (n. Sevilla 16 noviembre 1933- m. Sevilla 18 de enero 2024), a lo largo de una dilatada y fecunda trayectoria como profesora de la Universidad de Sevilla, supo mantener el equilibrio entre las tres facetas de la experiencia académica: la investigación, la docencia y la gestión.

En la esfera de la investigación, su itinerario aparece vinculado desde el principio a una interrogación por el régimen simbólico que singulariza a la cultura occidental. Inicialmente esta preocupación se plasmó en el campo de la Historia del Arte. En 1976 finalizó los estudios conducentes a la licenciatura de Filosofía y Letras en la Sección de Arte de la Universidad de Sevilla, comenzando un trabajo de investigación sobre “El tema de la Muerte en los Enterramientos Sevillanos de los Siglos XIV y XV”, bajo la dirección de la Dra. Dña. María José del Castillo y Utrilla. Al mismo tiempo comenzaba una continuada actividad como crítica de arte en el ya extinto diario *Suroeste*, publicando periódicamente sus colaboraciones entre 1975 y 1977. En el curso de estas indagaciones sobre las expresiones artísticas del presente y del pasado tuvo la ocasión de descubrir la fecundidad de la semiología estructural como método de análisis de las producciones culturales.

Estas inquietudes de orden teórico y metodológico le llevaron a interesarse por el estructuralismo, corriente filosófica que en esa misma época y a través de contribuciones como las de Eugenio Trías, empezaba a tener una recepción influyente en el ámbito español de la filosofía y de las ciencias humanas. Charo García del

Pozo entró entonces en contacto con Patricio Peñalver Simó, catedrático y director del Departamento de Historia de la Filosofía y de las Ciencias en la Universidad hispalense. De este encuentro surgió el proyecto de realizar la tesis de licenciatura sobre el pensamiento de Michel Foucault, un autor que en aquellos años era casi desconocido en el panorama filosófico español. El trabajo titulado *El Método Arqueológico de Michel Foucault y su repercusión en la tarea filosófica actual*, presentado como tesis de licenciatura en 1977 fue una de las primeras monografías sobre el pensador francés realizadas en el campo académico español. En un contexto marcado por la Transición de la Dictadura a la Democracia y por la recepción de nuevas corrientes de pensamiento en nuestro país, el trabajo de Charo sobre Michel Foucault tuvo un carácter pionero. Aunque las contribuciones de este autor francés comenzaban a difundirse en medios extraacadémicos españoles y en relación con algunas iniciativas políticas y sociales (movimiento antipsiquiátrico, reforma carcelaria), la acogida universitaria se inicia en estos años, con investigaciones como la realizada por Charo.

Este interés por conocer y difundir las principales tendencias del pensamiento francés contemporáneo, particularmente el estructuralismo y el postestructuralismo, es el que gobierna su producción investigadora. Sobre estos temas publicó diversos libros, traducciones y artículos, siendo invitada a participar en diversos foros nacionales e internacionales, impartiendo cursos especializados e interviniendo como ponente en tesis doctorales.

Perspectivas de Foucault (1987) es un libro realizado en colaboración con otro especialista en la obra del filósofo francés, su hijo Francisco Vázquez; en él se explora la conexión del impulso filosófico foucaultiano con otros itinerarios del pensamiento actual: escuela de Frankfurt, escuela de los Annales, Lévi-Strauss, neonietzscheanismo francés. *Michel Foucault: un arqueólogo del Humanismo (estructuralismo, genealogía y apuesta estética)* (1989), texto que recoge una investigación conducente a la tesis doctoral en filosofía, interpreta la obra foucaultiana viéndola en la encrucijada del análisis estructural y de la genealogía de la moral. Este trabajo, reseñado en su momento en distintas revistas filosóficas especializadas y recogido en el repertorio bibliográfico editado por el Centre

Michel Foucault, es una monografía muy relevante en el conjunto de estudios realizados en España sobre el pensador francés.

Al hilo de la reflexión foucaultiana, Charo afrontó el examen de diversos problemas relacionados con el estatuto filosófico y político de las ciencias humanas: la subjetividad, el cuerpo, la biopolítica, el racismo y la identidad femenina. La primera cuestión, relacionada con la posibilidad de abrir una era posthumanista en el pensamiento aparece tematizada en distintos artículos: “El signo y el pensamiento del exterior en una arqueología del conocimiento” (1987); “Foucault en Deleuze: un afuera que no cesa” (1988); “The mirror of interpretations and the husserlian discourse” (1989); “Ciencia y Estética: instrumentos genealógicos el diagnóstico del presente” (1992). Los asuntos del racismo, el cuerpo, la biopolítica y la subjetividad femenina son afrontados en otra serie de trabajos emprendidos en solitario o en colaboración: “Michel Foucault: “Hacer vivir y dejar morir”” (1991); “El Nacimiento de la Medicina Social en el Nacimiento de las Ciencias Humanas” (1999); “Sugerencias Teóricas para una genealogía del cuerpo actual” (1999); “Subjetividad Femenina y Genealogía del Humanismo” (2003). En todas estas indagaciones Chari García del Pozo dio muestras de su capacidad para relacionar el ejercicio de la crítica filosófica con las aportaciones de otros saberes y perspectivas: psiquiatría, medicina, historia del arte, antropología cultural, feminismo.

Su reputación como conocedora de la obra de Foucault le condujo a ser invitada para participar en los prestigiosos encuentros organizados por el Centre Michel Foucault (en las ediciones de 1990, 1991, 1992 y 1994), siendo encargada de pronunciar la conferencia dedicada al filósofo francés en el ciclo organizado conjuntamente por el Institut Francais y la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla, dentro del Ciclo titulado “Cinquante ans de Philosophie Francaise” (1996). En la misma estela se sitúan sus intervenciones como vocal en los tribunales encargados de juzgar las tesis doctorales dirigidas respectivamente por Celia Amorós y por Francisco Vázquez García: *En torno al Pensamiento Crítico: Michel Foucault y la Teoría Feminista* (tesis presentada por Rosalía Romero, Universidad Complutense de Madrid,

1996) y *Entre Heidegger y Lyssenko. Una aproximación al proceso de formación del pensamiento de Foucault en la década de los 50* (tesis presentada por José Luis Moreno Pestaña, Universidad de Granada, 1999).

El capítulo dedicado a la investigación y a la formación de investigadores en filosofía quedaría incompleto si no se hiciese mención de la importante y labor –prolongada durante casi veinte años- desarrollada por Charo en el marco de las enseñanzas de tercer ciclo y los seminarios especializados. Ya en los antiguos seminarios organizados periódicamente por el departamento de Historia de la Filosofía entre finales de los años 70 y la primera mitad de los años 80, destacaron las intervenciones de Charo sobre cuestiones como la crisis del humanismo, la hermenéutica de la sospecha y la perspectiva foucaultiana sobre la historia del saber. Desde 1995 participó activamente en los programas de doctorado organizados por el departamento de Estética e Historia de la Filosofía (“Ilustración y Modernidad” 1995-2001 y “Configuración de la Sensibilidad Contemporánea” 2002-2004) impartiendo diversos cursos de tercer ciclo sobre Nietzsche, Foucault, la crítica de las ciencias humanas y el análisis del lenguaje artístico. En el curso académico 1997-99 y en el marco del programa de doctorado “Ilustración y Modernidad”, Charo organizó un animado ciclo de conferencias titulado “El Pensamiento del Exterior en el Fin del Milenio”. Este ciclo contó con la colaboración de un prestigioso elenco de especialistas en el pensamiento francés contemporáneo (Miguel Morey de la Universidad de Barcelona, José Luis Pardo de la Universidad Complutense de Madrid, Carlos A. Aguirre Rojas, de la Universidad Autónoma de México, Antonio Campillo, de la Universidad de Murcia y Francisco Ortega, del Instituto de Medicina Social de Río de Janeiro). En este aspecto puede decirse que, en el enclave de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla, que fue siempre su casa, Charo García del Pozo, siguiendo en esto la línea abierta por Patricio Peñalver Simó, representó a la tradición filosófica francesa. Gracias a su empeño e iniciativa se han dado a conocer entre los estudiantes e investigadores de la Universidad hispalense las contribuciones de una tradición que, aun ocupando un lugar secundario en la escena filosófica española –

comparada con la tradición alemana, mucho más difundida- constituye un ala imprescindible del pensamiento continental.

Como docente, Charo García del Pozo impartió clases de filosofía en la Universidad de Sevilla desde el curso 1978-1979 hasta el 2003-2004. Ocupó distintas plazas a lo largo de su trayectoria, adscrita a los Departamentos de Historia de la Filosofía y de la Ciencia, Filosofía y Estética e Historia de la Filosofía, sucesivamente: profesora colaboradora (1978-1979), ayudante de clases prácticas con dedicación exclusiva (1979-1987), profesora titular interina (1987-1989) y profesora titular de Universidad (1989-2003). Ha contado con un alumnado dispar, procedente de diversas titulaciones: Filología, Geografía e Historia, Pedagogía y Filosofía. Su docencia abarcó asignaturas diversas, predominando su especialización en Filosofía del Siglo XX, campo en el que fue consumada especialista, como muestra su dedicación ininterrumpida a esta materia durante 25 años.

Sus estudiantes destacaron siempre la amabilidad de sus explicaciones, la capacidad para la innovación educativa y el rigor en la preparación de las clases. Éstas, siempre fluidas, joviales y sin atisbo de ampulosidad erudita no consistían en digresiones bien delimitadas acerca de las doctrinas filosóficas; se trataba más bien de una práctica continua de la interrogación, transmitían el arte de saber preguntar a partir de los grandes textos de la tradición. La enseñanza era lo que más le apasionaba y supo transmitir esta pasión al alumnado.

En el ámbito de la gestión Charo García del Pozo asumió cargos de importante responsabilidad durante períodos difíciles. Fue directora del Departamento de Estética e Historia de la Filosofía entre los años 1995 y 1999 y secretaria de la Facultad de Filosofía en el periodo 2000-2004. Asimismo, fue miembro electo de la Junta de Facultad durante diversos períodos. En todos los casos, la comunidad universitaria reconoció su entrega y su competencia, resaltando su capacidad para el diálogo y para dinamizar la vida cultural y académica de la facultad.

En este monográfico de homenaje participan personas que conocieron a Rosario, a “Charo”, como le gustaba que la llamaran, en diversos momentos de su periplo vital, desde sus primeros pasos como docente hasta la etapa de su

jubilación. Se trata de antiguos alumnos y alumnas, de compañeras y compañeros, de personas que en algún momento cruzaron su trayectoria con la suya y que tuvieron la suerte de conocerla y de experimentar su cercanía y amistad.

Charo en el recuerdo: Rememorando las lechuzas y el legado del pensamiento

Inmaculada Murcia Serrano
Decana de la Facultad de filosofía
Universidad de Sevilla

DOI:

<https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos.filosofia.2025.23.02>

Quiero dedicar unas breves líneas a la profesora Rosario García del Pozo, una destacada filósofa y especialista en el pensamiento de Michel Foucault, a la que tuve la fortuna de conocer, aunque fuera en sus últimos años de docencia e investigación, tras mi incorporación en 2002, al Departamento de Estética e Historia de la Filosofía de la Universidad de Sevilla. Guardo con cariño el recuerdo de haber asistido ese año a sus clases de licenciatura y, más tarde, a un curso de doctorado.

Es imposible evocar a Rosario García del Pozo sin asociarla con el pensamiento de Foucault, a quien dedicó una de las primeras investigaciones realizadas en español sobre su figura y obra. También es inevitable recordarla con sus características gafas oscuras, su inseparable pañuelo al cuello y rodeada en su despacho de innumerables variaciones del animal más filosófico de todos: la lechuza.

Rosario era una apasionada de la filosofía, y en particular de la obra de Michel Foucault. Su entusiasmo y admiración eran palpables, especialmente en los momentos en que, impartiendo clase, al llegar al núcleo de una argumentación, dejaba escapar una sutil sonrisa de satisfacción al desentrañar las ideas originales y sorprendentes con las que el filósofo francés desafía las tradiciones filosóficas. Sus clases, meticulosamente preparadas, ofrecían un recorrido exhaustivo por la filosofía previa a Foucault, de modo que, aunque él fuera el centro de gravedad, los estudiantes salíamos con una sólida formación en la filosofía europea contemporánea. Además,

abordaba en sus explicaciones obras de Sigmund Freud o Claude Lévi-Strauss, proporcionando un entendimiento claro y profundo de las bases filosóficas del estructuralismo, algo difícil de encontrar en la licenciatura.

Charo, como muchos la llamábamos, era una persona cálida, amable y siempre educada. Trataba a los estudiantes con atención y dedicación. Recuerdo especialmente sus clases de doctorado, donde éramos no más de cuatro o cinco alumnos, y que tenían lugar en su despacho, aquella “guardia de lechuzas y pensamiento”. Pasábamos allí muchas más horas de las previstas porque ella disfrutaba compartiendo sus investigaciones con quienes habíamos decidido dedicarnos profesionalmente a la filosofía. Esos encuentros eran verdaderos espacios de conversación, intercambio de ideas y debates críticos y filosóficos. Cuando salíamos, ya había caído la noche, pero nos acompañaba la satisfacción de haber aprovechado la tarde explorando temas como la microfísica del poder o, lo que ella subrayaba con mayor énfasis, la arqueología de los saberes. En esas sesiones, siguiendo a Nietzsche a través de Foucault, nos convertíamos en agentes de la sospecha. Ninguno de nosotros volvió a percibir la psicología o las instituciones penitenciarias de la misma manera.

Son cientos los estudiantes que, como yo, tuvieron el privilegio de asistir a las clases de Charo en la Facultad de Filosofía, y estoy segura de que la mayoría la recordará como esa figura menuda, pero apasionada, que enseñaba con entrega la obra de un filósofo fundamental.

En el marco del cincuenta aniversario de los estudios filosóficos en la Universidad de Sevilla, dentro de los cuales Rosario García del Pozo dejó una profunda huella con su dedicación y profesionalidad, le rendimos este sincero homenaje.

Charo como colega

Francisco Vázquez García

Universidad de Cádiz

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.03

Dedicado a Jorge y a Quiterio

Charo García del Pozo fue a la vez mi madre y una colega de profesión. En la primera faceta no voy a entrar; me limito a señalar que en mi caso fue una fuente irradiadora de capital cultural legítimo. Cuando comenzó la licenciatura de Historia del Arte, hacia 1970, yo contaba apenas con ocho o nueve años, pero recuerdo que ella estudiaba las asignaturas de historia de la pintura utilizando las diapositivas incluidas en unos lujosos volúmenes sobre las grandes pinacotecas europeas (El Prado, El Louvre, los Uffizi, el Rijksmuseum, la National Gallery), editados por Aguilar. Yo era el encargado de pasar las diapositivas a mano. A esa edad los niños funcionan como verdaderas “esponjas” que retienen con facilidad todo lo que reciben. Me aficioné tanto al asunto que, junto a las estampitas de los futbolistas de la Liga, comencé a colecciónar también álbumes con las obras maestras de la pintura universal.

Pero eso no era todo. Mi madre comentaba cotidianamente, como parte de su conversación, sus lecturas y relecturas, que abarcaban, casi siempre en las espléndidas ediciones de Aguilar, a clásicos como Shakespeare, Stendhal, Goethe, Pérez Galdós, Thomas Mann, Unamuno, Nietzsche, y entre los modernos guardaba preferencia por el boom latinoamericano (Borges, Vargas Llosa, Cortázar, García Márquez). Lo mismo glosaba pasajes de los *Paseos por Roma* de Stendhal de *La Montaña Mágica*, que explicaba la *Teoría de los colores* de Goethe o te combinaba a leer los *Episodios nacionales*, o hablaba con pasión de la *Conversación en la catedral*, una novela que le entusiasmaba. Me inició también en la

música clásica desde muy pequeño, una afición que siempre tuvo pero que se acrecentó tras conocer a su gran amiga Carmen Hernández. Recuerdo una colección de discos de Decca que comprendía desde el Gregoriano hasta Stravinsky, la *Patética* de Tchaikovsky o una versión de la *Pasión según San Mateo* de Bach por el Orfeón Catalán. Y el cine, en especial los maestros italianos de los 60 y 70, sobre todo Visconti y Fellini, y también Stanley Kubrick.

Esta avalancha que ella me transmitió con un entusiasmo que mezclaba la emoción con el concepto, se combinaba con las referencias culturales más populares propias de mi niñez y de mi adolescencia: *Jabato* y el *Capitán Trueno*, los cómics de *Astérix*, de *Tintín* y de *Flash Gordon*, la música de *Supertramp*, los *Bee Gees*, *Donna Summer*, *Alameda* y *Triana* (estos dos últimos los conocí a través de mi hermano Jorge), los domingos de fútbol en el Villamarín con mi padre y los sábados jugando a los soldados de plástico en casa de mi primo Quiterio y unos años después yendo de discoteca y baile con la pandilla.

Capital cultural y capital político. Charo cursó sus estudios superiores en la primera mitad de los años setenta, una época febril, cuando el movimiento estudiantil antifranquista conocía en la Hispalense su apogeo. Mi hermano y yo, desde la atalaya protegida de nuestro balcón en la Avenida de José Antonio, seguíamos atónitos, durante horas, las batidas de los “grises” y las carreras arriba y abajo de los estudiantes. Mi madre traía a casa octavillas y folletos subversivos repartidos en aulas y asambleas de facultad; recuerdo hasta qué punto le impactó la condena y ejecución de Puig Antich en 1974 y las interminables discusiones políticas de sobremesa en el comedor, los números apilados de *El Viejo Topo*, al que estaba suscrita o el brindis improvisado con su compañera Pilar Oso después de escuchar la llorera de Arias Navarro tras anunciar la muerte de Franco.

Pero como dije al comenzar, lo que me interesa en esta semblanza no es mi madre sino Charo, la colega. Dos o tres pinceladas de socioanálisis para adentrarse en un enigma: ¿cómo pudo darse la improbable situación de que una señora de la burguesía sevillana del tardofranquismo, esposa de un próspero empresario textil, decidiera, apenas avanzada en la treintena, cursar estudios universitarios de

Historia del Arte, dedicarse luego a la docencia de la filosofía y especializarse en corrientes tan vanguardistas entonces como el estructuralismo y el postestructuralismo, acudiendo a las clases de Deleuze en Saint Denis y defendiendo más tarde una tesis doctoral sobre Michel Foucault?

Las raíces sociales de Charo estaban ligadas por familia a una burguesía profesional, que a través de los estudios había accedido del nivel de menestrales y artesanos al de las ocupaciones liberales, especialmente las sanitarias (veterinaria, medicina, farmacia), pero también al sacerdocio y al ejército. Esta era una fracción rica en capital cultural pero comparativamente pobre en recursos económicos; la clase dominante, al menos desde lo que Carlos Arenas ha designado como la “renovación de las élites extractivas andaluzas” (Arenas Posadas 2022, 141-160) tras las desamortizaciones decimonónicas, estaba constituida por la burguesía terrateniente. Esta menospreciaba la escuela y todo lo relacionado con la cultura académica o adquirida a través del estudio. Era lo que el novelista Alfonso Grosso (1981) llamaba las “doscientas familias” sevillanas, vinculada a los valores agrarios y a la cultura del casticismo andaluz convertido, desde los viajeros románticos y sobre todo a través del folclorismo de la Restauración en emblema de lo español: las diversiones taurinas, el flamenquismo, la copla, las procesiones, la romería del Rocío, todo eso que Américo Castro denominaba “la España de pandereta”.

La burguesía profesional sevillana, en cambio, se inclinaba más por un repertorio simbólico asociado a los valores de la Ilustración, la ciencia, el arte y la literatura de alcance universal. En el terreno político apoyó la revolución democrática del Sexenio (1868-1874) y más tarde el advenimiento de la segunda República. Tenía una impronta laicista, afrancesada y anticlerical. Charo se reconocía formando parte de esta dinastía e invocaba a menudo dos antecedentes familiares, entre los que también había que incluir a su padre, el farmacéutico José García Boada, por quien mostraba verdadera devoción. Por una parte, a su bisabuelo materno, Manuel Del Pozo Sánchez (1846-ca. 1896). Era lo que entonces se conocía como un “cura renegado” (como José Ferrández, Albinio Juste, Miguel Mir, Pey Ordeix, Ramón Sarmiento, entre otros), sacerdotes exclaustrados, a menu-

do sancionados por las autoridades eclesiásticas, que ejercían como articulistas en la prensa anticlerical (Molina Martínez 1998, 313). Manuel Del Pozo colgó los hábitos para casarse y convertirse en periodista. Lector asiduo de Renan y de Strauss, republicano, masón y clerófobo convencido, dirigió *El Anunciador* (1872), una gaceta próxima a las logias que llegó a recibir un expediente sancionador en 1878. En la imprenta de ese periódico y en ese mismo año publicó *La cuestión religiosa*. Allí se afirmaban cosas como estas: “dejamos dicho que la idea de Dios ha llevado el luto, la desolación y la muerte a todos los pueblos del globo” (Del Pozo Sánchez 1878, 7).

El segundo antecedente en el que Charo se reconocía era su abuelo Juan García Souvire (1870-1957). Procedente de una modesta familia de Alora, “papa Juan” hizo la guerra de Cuba apenas cumplidos los diecinueve años, ascendió entonces a suboficial y a base de estudios y de aplicación llegó a capitán y más tarde a teniente coronel de Carabineros. Afiliado pronto a la masonería, este militar se enroló en el Partido Radical Republicano de Lerroux, y ya en la República formó parte de la Unión Republicana del sevillano Diego Martínez Barrio, que ejercía como Gran Maestre de su sección de pertenencia, la Gran Logia Simbólica Regional del Mediodía de España (Paz Sánchez 2010).

Llegado el levantamiento contra la autoridad republicana, Juan, hombre de orden, se presentó en el Gobierno Militar de Sevilla y se adhirió al Movimiento, pero denunciado por formar parte de una lista negra de masones, publicada en agosto de 1936 por el periódico reaccionario *La Unión*, acabó siendo detenido, procesado y condenado en 1942, ya entrado en la setentena, a una pena de doce años y un día, más tarde commutada a seis (su compañero de armas, también masón, Fermín de Zayas, fue fusilado). Juan García Souvire, lector voraz, volteriano y anticlerical, inyectó en Charo la pasión de la lectura, como ella misma recordaba. Su intervención también fue decisiva para evitar que la niña cursara su educación en un colegio de monjas, que era lo que se estilaba entre las hijas de familia de la época. Lo hizo en cambio en la academia Estudio, que tenía un pasado ligado a la Institución Libre de Enseñanza. Sin embargo, esto no pudo evitar que su destino se ajustara a las pautas de

estrategia matrimonial que regían la vida de las mujeres en la posguerra. Su marido Francisco, con quien se desposó teniendo ella dieciocho años, procedía de una familia de orígenes modestos, pero su padre había ascendido de dependiente de comercio -afiliado a la UGT- a empresario textil. Era por tanto una asociación entre la burguesía de negocios y la procedente de las profesiones liberales, aunque ambas, durante la Sevilla del franquismo, estaban sometidas al repertorio simbólico del casticismo y el nacionalcatolicismo impuestos por la oligarquía latifundista.

Charo experimentaba esta inmersión en la Sevilla de misa, copla y procesión, con un malestar difuso que se convertía en rabia e indignación, en una crispación física; era resultado de una inadecuación al entorno, un estar “fuera de lugar”, una experiencia de *outsider*, de insatisfacción, que funciona a menudo como acicate de la vocación filosófica, de la filosofía como interpretación de los síntomas que engendran ese malestar: ¿por qué las cosas no son como deberían ser? Frente al pequeño mundo ramplón de la ciudad provinciana dominada por los señoritos y por la Iglesia, Charo anhelaba una Sevilla cosmopolita. Debía experimentar algo parecido a lo que sentían aquellos escritores “marranos” descritos por Américo Castro -un autor muy frecuentado por Charo- en la España del Siglo de Oro y de los estatutos de limpieza de sangre.

Encontró su Ítaca en Barcelona, donde viajaba a menudo con mi padre -un hombre afable y desprendido, admirador de su esposa, con una masculinidad dulce, impropia de aquellos tiempos- por razones de negocios. Conoció la ciudad de la sala Bocaccio, de la *Gauche Divine* sesentera, de la culta burguesía industrial catalana, del Liceo. Barcelona era la modernidad y un lugar donde las mujeres empezaban a conquistar otras posiciones en la sociedad. Por eso, cuando los hijos crecieron y las obligaciones familiares se relajaron, gracias también a la bonanza del negocio durante el desarrollismo, decidió matricularse en Filosofía y Letras al despuntar la década de los setenta. Cursó Historia del Arte e inició una tesina sobre la iconografía de las sepulturas medievales hispalenses, pero llevaba dentro el acicate de la filosofía y solicitó hacer su tesis de grado sobre estética bajo la dirección de Patricio Peñalver. Este sin embargo la condujo por la pista de

Foucault y el estructuralismo en medio de una atmósfera dominada por la movilización estudiantil contra el franquismo. Si se quería hacer carrera en la universidad de la época, esas corrientes y autores de signo vanguardista no eran lo más recomendable, pero Charo no se veía entonces urgida por la necesidad económica y podía permitirse elecciones que para otro resultarían arriesgadas. La recuerdo en aquellos años tratando de desentrañar los arcanos de *Las palabras y las cosas*. El filósofo de Poitiers incitaba a pensar de otro modo, a desaprender lo aprendido, a abrir quizás un túnel para pasar al otro lado, evadirse del páramo circundante y mirar el mundo como si este volviera a nacer.

Referencias

- ARENAS POSADAS, C.: *Lo andaluz. Historia de un hecho diferencial*, Sevilla, El Paseo Editorial, 2022.
- DEL POZO SÁNCHEZ, M.: *La cuestión religiosa*. Sevilla, Imprenta de El Anunciador, 1878.
- GROSSO, A.: *Con flores a María*. Madrid, Cátedra, 1981.
- MOLINA MARTÍNEZ, J. L.: *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX*. Murcia, Universidad de Murcia, 1998.
- PAZ SÁNCHEZ, M.: *Militares masones de España (diccionario biográfico del siglo XX)*. Valencia, Biblioteca Historia Social, 2010.

Rosario García del Pozo, maestra y amiga

Rosalía Romero Pérez

Consejería de Educación, Junta de Andalucía,
y Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.04

La profesora Rosario García del Pozo nos ha legado una herencia que debe contarse en tres partes: su obra escrita, su faceta de profesora universitaria y su magisterio en la descendencia que ha generado. Ingresó en la Universidad Hispalense a principios de los setenta y se licenció en Historia del Arte. Quizás, entre otras razones, seducida por el escrito sobre Las Meninas comenzó una incursión en la obra del pensador francés del siglo XX, Michel Foucault: leyó la tesis en 1978 con el título *El método arqueológico de Michel Foucault y su repercusión en la tarea filosófica actual*. Se doctoró en Filosofía con una Tesis sobre este filósofo en 1986, bajo la dirección de Patricio Peñalver Simó, que también le había dirigido la tesis. El resultado de su investigación se publicó en un ensayo, *Michel Foucault. Un arqueólogo del Humanismo* (García del Pozo, 1988), considerado en el ámbito internacional como uno de los estudios pioneros sobre Foucault, tal y como se le reconoció, tras su fallecimiento el 19 de enero de 2024, en los obituarios de las portadas web de las redes académicas¹.

Arqueología y genealogía son dos conceptos que delimitan las dos primeras etapas del pensador francés. El concepto de genealogía tiene su raíz en la filosofía de Nietzsche, como Rosario García del Pozo no escatimaba en recordar. En ambas etapas, esta investigadora foucaultiana de los análisis de la historia del humanismo, nos recuerda que cuando se habla del discurso

1 Pueden verse <https://filosofia.us.es/noticias/fallecimiento-de-la-profesora-de-filosofia-ya-jubilada-dra-rosario-garcia-del-pozo>, <https://www.ucm.es/sfc> y <https://iberofoucault.org/noticias/>

de la razón imperante “la mujer por sí misma es una subjetividad ausente”. Así mismo nos mostró cómo en la obra de Foucault, en concreto haciendo referencia a las prácticas sociales que se ponen en circulación desde un punto de vista crítico, “se alude a la mujer no como pensamiento productivo, sino en tanto cuerpo sometido, (...) cuerpo patologizado (...) Cuando una mujer se rebela e intenta un protagonismo racional se le acusa de histérica, loca, prostituta, etc.” (García del Pozo 2003, 83).

Como profesora titular universitaria gozó de un éxito extraordinario a juzgar por el alto número de estudiantes que siempre tuvo en sus cursos de doctorado. Fue una gran profesora y como investigadora abrió puertas y ventanas hacia nuevas miradas sobre el mundo como es la Filosofía francesa Contemporánea. Así mismo, como Directora de Departamento, introdujo los Estudios Feministas a través del programa de doctorado de Estética e Historia de la Filosofía.

Rosario García del Pozo fue una Maestra que disfrutamos quienes tuvimos la suerte de tenerla como profesora, colega y amiga. Como especialista de primera línea en Foucault tiene como discípulo confeso al Catedrático de Filosofía de la Universidad de Cádiz, Francisco Vázquez García, su hijo, otro reconocido especialista foucaultiano a quien la crítica sitúa en primera línea en el ámbito internacional. Paco le dedicó su libro *La filosofía española. Herederos y pretendientes* (Vázquez García, 2009) y la reconoce públicamente como maestra. Charo y Paco tienen un sello foucaultiano en sentido fuerte: en sus obras se traslucen la impronta de la filosofía de Nietzsche y su crítica a la falsa moral cristiana. No es ajeno a esta filiación que Paco Vázquez, entre otras muchas aportaciones, esté haciendo notabilísimas contribuciones con sus investigaciones sobre la pederastia en la iglesia (Vázquez García 2020, 2022).

Del importante magisterio de esta profesora universitaria, no cabe obviar a su discípula Carmen Pérez, fundadora de la Arqueodanza y profesora en la Universidad de Cádiz. Entre los diversos viajes que hicimos juntas Charo y yo, destacaré nuestras visitas a nuestra amiga común y colega, que nos invitó para una ocasión muy especial: de la misma son inolvidables las lecturas que Carmen preparó para las actuaciones públicas en la ciudad de Cádiz en el 15

M; eran textos inspirados en el magisterio de Rosario García del Pozo, extraídos de la filosofía francesa postcolonial y que piensan sobre el territorio y la territorialidad. Estamos hablando de una filosofía que también tematiza el cuerpo como un *locus* de ejercicio del poder sobre el que se construyen subjetividades, y que tiene aplicaciones en el arte: destacaré que en este contexto la difusión y el ejercicio de la danza africana es una de sus consecuencias. Todo un efecto dominó que Rosario García del Pozo provocó con la transmisión de su sabiduría.

Charo García del Pozo ha sido una mujer enamorada de su profesión, con una práctica de la tolerancia de una exquisitez admirable, y se enmarca en una tradición de pensamiento crítico que tanto a nivel nacional como internacional queda patente en este homenaje escrito.

La primera vez que tuve noticia de la profesora Rosario García del Pozo fue cuando mi amiga de la Facultad Laura Villafuerte me preguntó si quería ir a escucharla en la defensa de su tesis doctoral. Allí estuve. Recuerdo en el tribunal a Miguel Morey. Yo era alumna de la Facultad y no había tenido la suerte de tenerla como profesora, ni después tampoco la tuve, ni incluso la posibilidad de elegir alguna asignatura optativa que Charo impartiera. Mi amiga Oliva Pinillos, familia política de Charo, me decía este último verano que probablemente fuera porque en esa época Charo impartía asignaturas en el edificio del Rectorado, en Filología. No obstante, la fama era consustancial a su persona porque escuché muchas veces hablar de sus clases y de la filosofía que enseñaba. Siempre eran comentarios elogiosos.

Más tarde, hice traslado de expediente a la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid porque quería formarme en Filosofía feminista y busqué la dirección de una especialista, Celia Amorós. Celia y Charo entraron en contacto a partir de una oposición en Madrid, y Amorós me dijo que le había propuesto que formara parte del tribunal de mi tesis, que versaba sobre los debates de Foucault y el feminismo. A mí me pareció estupenda la idea porque ya había encontrado yo a Charo y a Paco, su hijo, en un Encuentro sobre la filosofía de Michel Foucault en la *Université Denis Diderot, Paris VII*, en diciembre de 1994, y fui a saludarles. Yo conocía ya la importancia de sus investigaciones sobre el filósofo francés porque

había estado en la Bibliothèque du Saulchoir en París, donde se encontraba el Fondo Michel Foucault, antes de la creación del Centre Michel Foucault en la capital francesa. En este fondo estaban ya depositadas importantes y pioneras investigaciones, como las de Rosario García del Pozo. No es de extrañar que José Ferrater Mora cite su obra en su celeberrimo *Diccionario de Filosofía*.

Charo aceptó la invitación a formar parte del tribunal de mi tesis: *En torno al Pensamiento Crítico: Michel Foucault y la Teoría Feminista*. Su intervención el día 12 de abril de 1997 fue interesantísima: Charo me sugería pensar sobre aspectos de la obra de Foucault que yo no había tematizado y que constituyen aportaciones de primera magnitud al pensamiento contemporáneo. Y me lo decía, a veces, cuando hablábamos de mis posiciones críticas con Foucault. No obstante, lo que era el principio de una gran amistad germinó porque Charo alentó siempre mis inquietudes y fue muy respetuosa con mi trabajo: apoyó la Filosofía feminista en la vida académica y universitaria y me invitó a ofertar cursos de doctorado sobre Feminismo y Filosofía, y estuve durante doce años impartiendo clases en el programa de Estética e Historia de la Filosofía.

Charo llegó a ser una gran amiga: una interlocutora con la que aprendí mucho. Nuestras conversaciones eran interminables y ambas admirábamos la distinta trayectoria biográfica e intelectual de la otra. Nos acompañamos en momentos importantes de nuestras vidas. Por mi parte, siempre agradeceré su presencia en el Congreso Internacional sobre Simone de Beauvoir en 2008 en Sevilla, en el que yo era ponente. Y en 2019 en la presentación de mi libro *Kate Millett: Género y política*, en Madrid. En esta última ocasión, en una cena con un nutrido grupo de profesoras de Filosofía en universidades e instituciones de Madrid y de otros lugares –Luisa Posada Kubissa, Alicia Puleo, Concha Roldán, entre otras colegas y amigas-, Charo expuso sus posiciones nominalistas sobre la identidad de género y la sexualidad. Su fuerza era clara y todas la escuchábamos con afecto y máxima atención. Siempre me animó a seguir con mi línea de investigación y tener una amiga tan sabia, que brindara un apoyo tan entrañable fue una gran experiencia.

Referencias

- GARCÍA DEL POZO, R: *Michel Foucault. Un arqueólogo del humanismo*. Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1988.
- GARCÍA DEL POZO, R: “Subjetividad femenina y genealogía del humanismo”. *Thémata. Revista de Filosofía*, 31, 2003.
- ROMERO PÉREZ, R. *En torno al pensamiento crítico: Michel Foucault y la Teoría Feminista*. Madrid, Publicaciones de la Universidad Complutense, 2003.
- ROMERO PÉREZ, R. (2018): *Kate Millett. Género y política*. Madrid, ed. Sequitur, 2018.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F.: *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid, Abada eds., 2009.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F.: *Pater infamis: genealogía del cura pederasta en España (1880-1912)*. Madrid, ed. Cátedra, 2020.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F.: “Del ‘cura pederasta’ al ‘sacerdote pedófilo’. Elementos para la genealogía de un monstruo biopolítico (España, siglo XIX al XX)”. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, 19, 2022, pp. 55-80. En línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8743467>

***Epimeleia heautou*
o Rosario García del Pozo**

Carmen Pérez Rodríguez
Escuela de Danza, Universidad de Cádiz

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.05

Quisiera decir sin énfasis que el encuentro con la profesora Rosario García del Pozo cuando yo era estudiante en la universidad de Sevilla fue ese feliz encuentro que ilumina una vida. Ella fue y es para mí la expresión misma de la excelencia. Hicimos de nuestra amistad un plano de inmanencia, una matriz activa en el alegre ejercicio del pensar. “No son dos amigos los que se dedican a pensar, sino el pensamiento el que exige que el pensador sea un amigo, para que el pensamiento se reparta en sí mismo y pueda ejercerse. Es el pensamiento mismo el que exige este reparto de pensamiento entre amigos” (Deleuze/Guattari 1993, 71)

Recuerdo su despacho en la facultad lleno de *collages*, pequeñas figuras de búhos que le gustaba colecionar, una preciosa reproducción de Las Meninas en lugar preferente, un grabado de Palas Atenea, notas de agradecimiento de estudiantes, folios manuscritos, libros subrayados, diferentes ediciones de *Las Palabras y las cosas*.

Epimeleia heautou no es solo un concepto teórico, es una actitud, una manera de relacionarse con uno mismo, con los otros, con los territorios que habitamos y las decisiones que nos afectan... Foucault lo rescata de la Grecia antigua y viene a introducir una saludable corriente de aire en el paisaje inundado por las técnicas de dominación monopolizadoras de la producción y control de los sujetos. *Epimeleia heautou* es una forma de vivir guiada por la *askesis* (ejercicios o entrenamientos) y los *logoi* (verdades que han de servir para la vida) para que esa triple función de crítica, lucha y cura puedan ejercerse. Para Charo *epimeleia heautou* es un concepto-divisa, *ritornello* del devenir, instalado como una brú-

jula en el corazón de su propio pensamiento. Trayectoria ejemplar de la exhortación nietzscheana: “Cómo se llega a ser lo que se es”...

La recuerdo en la mañana de presentación de su tesis allá por el año 1986, “Michel Foucault: Un Arqueólogo del Humanismo” dirigida por Patricio Peñalver y con la presencia también en el tribunal de su amigo y colega Miguel Morey. Fue una mañana de fiesta en el aula de grado de la antigua Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Sevilla ubicada en la calle Gonzalo Bilbao. No sabíamos entonces que justo ese año y en la Universidad de Paris VIII, también llamada Université de Vincennes à Saint-Denis, otro profesor de filosofía le estaba dedicando su curso al pensamiento y a la obra de Michel Foucault, era Gilles Deleuze. Esta coincidencia en el tiempo y en los trazos magistrales que recorren ambos planteamientos es hoy para mí un signo “rememorativum, demonstrativum, prognostikon” de esa ardua tarea de un “pensar situado” que siempre ejerció y compartió con todas las personas que tuvimos la suerte de disfrutar de su presencia en un aula de clase o fuera de ella.

Arqueóloga rizomática y genealogista de temple, de mirada experta en distinguir lo alto de lo bajo, lo noble de lo vil, lo reactivo de lo activo como cualidades de las fuerzas. Hagámosle sitio, cedámosle la palabra: “Desde la perspectiva genealógica que Nietzsche permite y Foucault enseña, puede observarse una estructura de interpretaciones y valoraciones que se implica a sí misma. Hay que tener en cuenta que, en esta relación, como en el famoso espejo del cuadro de las Meninas, se reflejan los ojos de los observadores, nuestros propios ojos, mirándonos. La mirada del genealogista que contempla el sistema no es pasiva; se conjuga en la relación de fuerzas, de poderes y voluntades, formando parte, le hacen formar parte de ella. El objeto problema que recorre las series de la relación, es decir, la búsqueda de la emergencia y procedencia del origen de bueno, malo, alto, bajo, sujeto, locura, penalidad, sexo, es la apertura estético-filosófica que actúa y que se afirma por las polaridades de interpretar y valorar o, lo que es lo mismo, de Nietzsche a Foucault, la propia genealogía.” (García del Pozo 1987, 107). Citar, convocar, hacerla partícipe de las líneas de movimiento

donde se engarza su propio nombre por derecho propio.

No quiero dejar de señalar esos magníficos cursos de doctorado a los asistí un año tras otro y que reunían a un gran número de estudiantes, muchos de filosofía y otros de diferentes facultades: arquitectura, historia, biología, filología... Eran interesantísimas sesiones, todo un itinerario para recorrer la obra de Foucault dándole el lugar fuerte de batalla que es para el pensamiento contemporáneo. Fue en ese ambiente continuamente impulsado, literalmente, por el acicate de "pensar de otra manera" donde se gestó el concepto de Arqueodanza que tuvo su primera expresión en el año 2008, en Cádiz, en la 59^a edición de los cursos de verano y que presentamos vinculado a su magistral ponencia titulada "Meninas-Magritte desde la interpretación de Michel Foucault".

Me comentaba a menudo que su deseo era crear un Departamento de Ciencias Humanas en la Facultad y, si bien, este deseo no llegó a cumplirse podemos decir que la profesora Rosario García del Pozo durante todos los años que impartió sus clases en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla nos trajo nuevas Arias cuando, de una manera u otra, todos/as rezábamos.

La suit nº4 en mi bemol mayor está construida sobre trítonos primitivos. Solo emplea los tonos más inmediatos. La voz del violoncelo expresa lo más sencillo, fundamental, la pura verdad original y desnuda. ¿Cuál es esa pura verdad? En el hombre la tragedia de haber nacido para morir. Nada como esta música como escenario trágico. Aspiración primaria al orden sobre el caos de la disolución, de superar con la magia del arte el desorden de la muerte. Magia del número que engloba a la ciencia, al arte y a la religión en una misma aspiración de sentido, de organización. 'Lo que es del orden es de Dios' decía S. Pablo a los Corintios. Este sentido elemental motivaba a los monjes en sus creaciones musicales complejas y matemáticas.

¿Qué antecedentes religiosos, éticos, estéticos, científicos han gestado nuestra actualidad sin dioses, la desencantada postmodernidad? (recogido por García del Pozo, inédito)

Referencias

- DELEUZE, G., GUATTARI, F.: *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1993
- FOUCAULT, M.: *La hermenéutica del sujeto, Curso del Collège de France* (1982), Madrid, Akal, 2005
- GARCIA DEL POZO, R.: *Michel Foucault: Un Arqueólogo del Humanismo*, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1988
- GARCÍA DEL POZO, R. VÁZQUEZ GARCÍA, F.: *Perspectivas de Foucault*, Los Palacios, Imprenta Gómez Caro, 1987
- MORENO PESTAÑA, J.L.(ed.): *Ir a clase con Foucault*, Madrid, Siglo XXI, 2021
- PÉREZ RODRÍGUEZ, C.: "El pentagrama y la episteme: materiales para una arqueodanza", II Congreso Internacional de Filosofía de la Danza, Madrid, UNED, 2019, <https://canal.uned.es/video/5cfa182fa3eeb0e83f-8b456f>.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F.: *Cómo hacer cosas con Foucault, instrucciones de uso*, Madrid, Dado ediciones, 2021

De Charín a Rosario

M. Carmen Hernández Martín
Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.06

Intento hacer una genealogía de la obra de Rosario García del Pozo, las condiciones que la hicieron posible y las que pretendieron obstaculizarla, convirtiéndola en pensamiento nuevo, y en una práctica rupturista, en que todo discurso crítico era bien acogido, y cuyo motor era la idea foucaultiana de hacer de la vida una obra de arte.

Octubre de 1970. Primer día de curso en la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla. Allí estaba yo que había conseguido por fin matricularme de los cursos comunes al suprimirse el requisito de tener el bachillerato de letras. Allí estaba yo rodeada de niños y niñas de 18 años, recién salidos del colegio, sintiéndome, con mis 30 años recién cumplidos, la persona más vieja del mundo. Y allí justo delante de mí estaba sentada Charo con una camisa con pinturas de cabezas, completamente ambientada como una dieciochera más. Y Charo tenía ya entonces tres hijos, la mayor estudiando, o a punto de estudiar, Farmacia.

En esos tumultuosos cursos de los últimos años de Franco, en que estábamos continuamente en huelga profesores y estudiantes, nos hicimos particularmente amigas, Charo, Elisa de la Nuez, que ya era amiga suya, Amalia Rodríguez, y yo. Amalia era mucho más joven, ella sí venía directamente del colegio, pero tenía una madurez heredada de los pintores Rafael y Juan Antonio, su padre y su tío respectivamente. Elisa, que había querido ser cantante de ópera, era familia de los actores de la Torre, y también de Ramón Carande. Charo, por su parte, tenía la herencia intelectual de su padre y de su abuelo. La farmacia de García Boada, de la calle Orfila, había sido lugar de encuentro de intelectuales con inquietudes profundas y visiones políticas.

Creo que uno de ellos era Patricio Peñalver el matemático (Don Patricio) que había sido profesor mío en 1º de Química, y era el padre y abuelo de los filósofos Patricio, Mariano y el joven Patricio, sin olvidar a Casilda que se inclinó hacia la Pedagogía.

Charo, entonces Charín, se casó muy joven, y en una época en que las mujeres lo teníamos tan difícil, eso pudo haber sido un obstáculo insalvable. Pero tuvo la suerte de encontrar un compañero completamente fuera de serie que la comprendía, la animaba y la admiraba profundamente. Paco era una persona tan inteligente que consiguió crear un importante negocio propio a pesar de los problemas de la ruptura de la gran empresa familiar.

Cuando terminamos los comunes, el grupo se dividió porque Amalia y Elisa decidieron hacer Historia de América, mientras que Charo y yo sólo pensábamos en la Filosofía (Filosofía pura que se llamaba entonces). Pero en aquella época eran muy pocas las Universidades que tenían esta especialidad, siendo Barcelona la más interesante y la más conectada con Europa.

En la Facultad había grupos de Historia Moderna y de Psicología que estudiaban por libre en la Biblioteca y se reunían con el apoyo de algunos profesores e iban luego a examinarse a Barcelona. Yo decidí hacer lo mismo con la Filosofía, pero no había nadie más que Charo y yo para formar el grupo, y ella pensaba que leer y leer solamente no era lo que quería, que el contacto humano era muy importante. Algo característico de ella este rasgo socrático que siempre la acompañó: le gustaba mucho más dar cursos y el diálogo con los alumnos que escribir. Así que al final se decidió por Historia del Arte, aunque el grupo de Filosofía lo hacíamos de alguna forma por la tarde en su casa de la Avenida. Allí en la biblioteca gigante donde estaban las obras completas de su Nietzsche, que ella había leído sin intermediarios, además de sus admirados Stendhal y Thomas Mann, discutíamos y discutíamos y resolvíamos nuestras frustraciones comiendo milhojas de Filella que estaba enfrente.

En el pasillo los hijos más pequeños, Paco y Jorge, jugaban con soldaditos de plomo. Y de vez en cuando aparecía su hija mayor Rosa, que venía de la Facultad de Granada con su novio José Rentería, el hermano de la pianista, y nos

daban sabios consejos. Porque por supuesto ellos sabían más del mundo que nosotras. Recuerdo haber dicho en más de una ocasión a mi madre, “Charo tiene una hija que es mayor que ella”. Y es que Charo era, y continuó siendo, la juventud en persona.

El tema de la locura y su uso como instrumento de represión le preocupaba de forma vital. Leíamos a Freud y a Ronald Laing el antipsiquiatra, que entonces hacía furor. Y de ahí ya se pasó a *Enfermedad mental y personalidad*, a *Historia de la locura en la época clásica* y a *El nacimiento de la clínica*. Charo se enamoró del estructuralismo, y no sólo de Foucault, sino de Lévy-Strauss, su piedra de apoyo y su referente esencial, al que volvía una vez y otra. *Antropología estructural*, *Tristes trópicos*, *El pensamiento salvaje*.... Más tarde vendría Lacan con su lectura de Freud. Y todo englobado siempre en la crítica y en la filosofía de la sospecha.

Y ya comenzó también por entonces la influencia de Eugenio Trías. No hace mucho me regaló *El canto de las sirenas*, obra dedicada íntegramente a la música y a su valor de conocimiento. Pero en los 70 leímos sus *Meditaciones sobre el poder*. Aparece aquí el concepto de poder nietzscheano como fuerza creativa contrapuesta al concepto de dominio como opresión, o como poder político. “El poder de llegar a ser lo que uno esencialmente es”, el lema de Píndaro que es recogido por Nietzsche.

Cuando terminamos nos fuimos a Barcelona, buscando directores para nuestras tesinas. Yo me decidí por un estudio comparativo entre Russell y Wittgenstein con Jacobo Muñoz, y como ella ya tenía claro el trabajar sobre Foucault nos entrevistamos con Gomá, con Morey e incluso con Albiac, que estaba entonces en *El viejo Topo*. Pero al final Charo decidió trabajar en Sevilla con Patricio Peñalver, que estaba dirigiendo ya una tesis sobre Foucault. Y fue la tesina y después la tesis.

La experiencia estética era una fuente de conocimiento para Charo, especialmente la proporcionada por la literatura, el cine y la música, desde Thomas Mann, a Mozart, pasando por Visconti y Kubrick. De ahí su especial entusiasmo por *Las palabras y las cosas*, con sus análisis del “Quijote” y de “Las Meninas”. Efectivamente el arte y la experiencia estética, ya era opinión de Adorno, pueden servir como crítica de la razón establecida.

La genealogía, que Foucault recoge de Nietzsche, como el pensamiento divergente de Kuhn, o la deconstrucción de Derrida, se apoyan en una serie de estrategias para liberarse de lo establecido, para pensar o actuar desde fuera, para recoger lo que ha quedado en silencio o en los márgenes.

Y por fin ya estábamos las dos trabajando en la recién creada Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Y allí surgió la amistad con Carmen García Pastor que, desde su dedicación a la educación especial, compartía nuestro interés filosófico por la psiquiatría desde sus orígenes modernos con Pinel, Esquirol e Itard hasta los movimientos críticos de los últimos años. Y ahí empezaban las grandes discusiones. Aunque las tres disfrutábamos con la crítica a las ciencias humanas y a muchas de sus pretensiones, Carmen y yo le parecíamos a Charo defensoras de la analítica y del positivismo. Casi nos pegábamos en las comidas por culpa del método científico. Y además para colmo Carmen y yo admirábamos a Piaget. Cuando yo defendía que el primer estructuralista era Piaget, porque su lógica era estructuralista, y el estructuralismo antes de la lingüística procedía de la matemática, se formaba el lío.

Juntas las tres trabajamos con Mariano Peñalver el *Anti Edipo* de Guattari y Deleuze (años después Charo estudiaría un tiempo en París con el último).

La casa de la Avenida se convirtió de nuevo en centro de reunión, ahora de estudiantes y profesores de la Facultad, en torno a la crisis del sujeto. Y yo llegaba diciendo: “Pero ¿de qué sujeto habláis? ¿Dónde está ese sujeto?”. Y ello me acarreaba las iras de los admiradores de Charo, mientras ella y Mariano Peñalver me trataban con indulgencia: “la lógica”. Porque a pesar de nuestras discusiones ella siempre me decía que yo era como Mary Poppins, que cuando llegaba empezaban a pasar cosas inverosímiles.

La filosofía de la sospecha la llevó siempre al plano personal. “Romper el discurso establecido”. Estaba contra todos los tópicos y los combatía con un apasionamiento a veces casi irritante. Nadie escapaba a su lupa exploradora, ni sus amistades ni su familia, ni siquiera Freud. “Mucho cuidado con Freud” decía agitando el dedo en reuniones del círculo lacaniano que la adoraba. Como sus discípulos en general.

Allí en los cursos de doctorado estaba Miguel Ferrer, el biólogo, empeñado asombrosamente en aplicar el método foucaultiano al evolucionismo. “Pensar lo impensado”, uno de sus lemas que conseguía inculcar en los demás.

Charo (como Sócrates) no ha muerto de muerte natural. Charo ha caído fulminada por un rayo que ha sido la muerte de su hija (“que era mayor que ella”). Su marcha, tras sus pasos, a lo que (yo pienso) era para ella el misterioso más allá nietzscheano, el espacio-luz, nos ha dejado, aparte de lo afectivo, un paradójico vacío sólido. El sólido vacío del agujón socrático.

Hablando entre mujeres

Carmen García Pastor

Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.07

Este escrito dedicado a la memoria de Charo García del Pozo trata de mostrar la vinculación intelectual y de amistad que existió entre nosotras. Nuestras conversaciones eran un “hablar entre mujeres” que relacionaba la teoría, influenciada por nuestro mutuo interés por Foucault, con la práctica, caracterizada por una toma de conciencia sobre los obstáculos encontrados en nuestro desarrollo personal y profesional como mujeres. Se señala cómo los trabajos de Charo y su crítica al humanismo moderno, nos ayudan a comprender el papel al que se ha relegado a la mujer y nos animan a examinar algunas aportaciones feministas inspiradas en Foucault.

Mi encuentro con Rosario García del Pozo (a la que me referiré en adelante como Charo) en el contexto de la extinta Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, la propició la profesora Carmen Hernández que, conocedora de mi interés por la obra de Foucault, me puso en contacto con ella; iniciándose desde entonces una especie de “ménage à trois” que se prolonga en el tiempo. Nuestras conversaciones (aunque más bien tengo la impresión de que sea una única conversación retomada una y otra vez) se centran en el desarrollo de las ciencias humanas. Carmen Hernández y yo partimos de una admiración especial por Piaget y sus planteamientos epistemológicos estructuralistas, mientras que Charo agazapada en la “filosofía de la sospecha” despliega su crítica desde el postestruturalismo. Mi interés por Foucault lo suscita su explicación sobre la paulatina organización de los asilos en la Francia del siglo XVIII y principios del XIX, que se encuentra desarrollada en su obra

Historia de la locura en la época clásica (1976). Charo no sólo me llevó a esta obra, sino que también

me prestó su propio ejemplar, en una especie de proselitismo intelectual que resultó ser para mí de lo más fecundo. Foucault me ayudó a situarme en un contexto histórico caracterizado por unas coordenadas bien definidas, y a utilizar el método que me ofrecía la oportunidad de no hacer historia, sino una búsqueda hacia atrás diferente, capaz de explicarme cómo habíamos llegado hasta el presente. Al parecer lo que yo pretendía era hacer *arqueología*, pues se trataba de indagar sobre la *genealogía* de lo que en el presente se planteaba como un problema definido con la ayuda de las ciencias sociales emergentes.

Tomar conciencia de los márgenes de la permisividad social, de lo que significa la marginalidad, la exclusión, el silencio de aquellos que no tienen voz, te hace reflexionar no sólo sobre a quiénes consideras “otros” u “otras”, sino sobre ti misma y el modo en que tus circunstancias particulares te sitúan socialmente. De este modo, al mismo tiempo que reconozco mi situación de privilegio como profesora universitaria, en relación con la situación de otras mujeres, soy consciente de los obstáculos que tengo que salvar por el hecho de ser mujer. Aún más, he llegado a ser consciente de en qué medida este “privilegio” es una forma engañosa de definir la situación, ya que me mantiene dentro de la excepción, convirtiéndose en una trampa que la desvía de la exigencia del derecho a vivir en un plano de igualdad con las condiciones de trabajo de las que gozan mis compañeros.

Inevitablemente, en nuestras conversaciones, la lucha feminista ha sido un tema transversal, un hablar entre mujeres de nuestra propia situación, un hablar entrelazando la teoría y la práctica, esto es, lo que se desprende del estudio y lo que se desprende de la vida. En nuestro caso, tres mujeres muy diferentes, con las vivencias comunes en una institución dedicada al conocimiento que se ha desarrollado con una narrativa masculina. El hecho de haber participado nosotras de ella, nos ha impulsado a considerar nuestra propia subjetividad y las trampas de nuestra pretendida liberación. Charo nos explicaba de viva voz, en torno a la mesa del bar donde comíamos, lo que podemos leer en sus trabajos sobre humanismo (1988, 2003): cómo las ciencias humanas intentan objetivar el pensamiento humano desde el punto de vista de una incuestionable superioridad evolutiva del hombre occidental, pues “Cuando se habla desde el discurso de la razón imperante

esa figura femenina es sólo la esposa del hombre. Del sujeto que impone los poderes racionales del humanismo. Por sí misma es una subjetividad ausente" (García del Pozo, 2003: 83).

Para Charo, lo más difícil de las luchas feministas no consistía tanto en oponerse a la relación de dominio que los hombres ejercen sobre las mujeres cuanto en la liberación de sí, en la deconstrucción de formas de subjetividad que se nos imponen, que hacemos nuestras, que naturalizamos, que corporeizamos, que nos constituyen, considerando así que: "El acto de liberación de sí es la propuesta del procedimiento genealógico (...) liberarse de sí por interpretación y valoración del sentido de las fuerzas que nos someten". La liberación, en tanto que estamos transgredidas históricamente, "consiste en valorar e interpretar a partir del lenguaje y de la historia, instrumentos de trastocamiento, la emergencia y la procedencia del sentido de las fuerzas que han construido al sujeto humanista y a la humanista subjetividad: la de nuestros cuerpos, la del supuesto eterno femenino" (García del Pozo, 2003: 86). Consciente del interés que estos procedimientos han despertado en el ámbito de las reivindicaciones feministas, Charo nos señala los trabajos de Joan Scott, introductora de la categoría de género; los de Judit Butler y Gayle Rubin en torno a la identidad sexual; los de Sandra Lee Barth y las tecnologías del cuerpo; o los de Dona Haraway con el ciborg, el nuevo tipo de sujeto.

Mi propósito aquí es solamente apuntar la fecundidad de un debate que comienza en mi imaginario intelectual con Foucault y con Rosario García del Pozo, pero que se extiende hacia las preocupaciones del presente, a través de estas tendencias del feminismo que tienen de fondo esa perspectiva foucaultiana. Tiempo habrá de una exposición posterior más amplia.

La obra de Joan Scott, en 1986, planteaba la utilidad del "género" como categoría de análisis, considerando que albergaba un potencial crítico que no concernía sólo a los estudios sobre diferencia sexual, sino que llamaba la atención de todos los que se interesaban por un examen crítico de la historia y de las categorías utilizadas por los historiadores para acercarse al pasado, constatando una estrecha relación entre los supuestos de ciertas perspectivas psicoanalíticas y los cuestionamientos planteados por autores como Derrida o Foucault. Para ella, las formas

de hombres y mujeres se definen y relacionan en contextos precisos, son por tanto dinámicas y albergan lógicas de resistencia, redefinición, apropiación y regularización. Por eso propone romper con "la fantasía de la historia feminista" que asegura la identidad de la mujer en el tiempo. La fantasía dota de coherencia y homogeneidad las prácticas relacionadas con la diferencia sexual y lleva a que éstas se presenten como la única opción posible para organizar y definir la sexualidad. Al dar la apariencia de que su existencia es definitiva, unívoca y permanente a través de la historia, se estabiliza la categoría "mujer". De ahí que necesitemos análisis feministas de las categorías de la identidad, no sólo para detectar las diferencias de poder construidas por las oposiciones binarias que presumen de ser atemporales, naturales y universales, sino también para contextualizar e historizar sus categorías.

The Traffic in Woman (1975) de Gayle Rubin fue una obra de referencia para feministas como Judith Butler. En su obra *El género en disputa* (2007), le lleva a afirmar que la práctica sexual tiene el poder de desestabilizar el género, considerando que éste puede volverse ambiguo sin cambiar ni reorientar en absoluto la sexualidad normativa: "A veces la ambigüedad de género interviene precisamente para reprimir o desviar la práctica sexual no normativa para, de esta forma, conservar intacta la sexualidad normativa" (Butler, 2007: 27). Esto es así porque para Judith Butler el sexo es performativo; "porque se constituye de una forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, y porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas" (Butler, 2007: 46). También acude Butler a Foucault para recordarnos cómo los sujetos están regulados por las estructuras políticas y en virtud de ellas se definen y construyen. De ahí que entienda que las luchas feministas deban comprender que las mismas estructuras de poder mediante las cuales se pretende la emancipación, crean y limitan las categorías de "las mujeres" sujeto del feminismo.

Sandra Lee Barth explica cómo las normas sociales que atan al cuerpo y al comportamiento femenino, permiten manejar la idea de mujer perfecta, que no hace sino traducir las obsesiones culturales de la sociedad en cada mo-

mento, se puede así explicar la obsesión por la delgadez, por un cuerpo casi púber, que refleje debilidad, vulnerabilidad, obediencia y sumisión al hombre. La sociedad crea un cuerpo subjetivo en el que se inscribe un estatus inferior. En su trabajo titulado *El masoquismo femenino de la transformación personal* (2007) señala lo perturbador que resulta que la mujer sea a la vez un ser sexual y un agente moral: “No es de extrañar que los filósofos hayan deseado que nosotras pudiéramos deshacernos enteramente de la sexualidad” (Butler, 2007: 119). La subordinación de las mujeres a los hombres penetra y ordena la relación entre los sexos en cada área de la vida, y que la política de dominación sexual es tan evidente en las esferas privadas de la familia, la vida social cotidiana, y la sexualidad como en las esferas tradicionalmente públicas de gobierno y economía. Pero el interés de este trabajo se centra en el debate sobre el masoquismo que, como práctica sexual, divide al feminismo entre aquellas feministas que lo critican por considerarlo una forma de subordinación de las mujeres, y las que lo defienden manteniendo que la mayoría de las manifestaciones sexuales son truculentas, no sólo el masoquismo, y que las prácticas consensuadas, sobre todo las que se dan entre mujeres, no crean ese tipo de sumisión sino formas de comportamientos que no entrañan daño real, sólo imágenes, rituales a la misma altura de otros actos sexuales.

Para Gayle Rubin (integrante del grupo Samois que defiende estas prácticas sexuales diferentes), la forma en que la Organización Nacional de Mujeres se opone al sadomasquismo, a la pornografía, al sexo intergeneracional o al sexo público, es parte de su oposición a la libertad y a los derechos civiles de los inconformistas sexuales. No estamos ante un debate teórico, sino ante un encendido debate social, en tanto que se cuestionan las normas sociales que atan al cuerpo y al comportamiento femeninos, y la suposición de que el feminismo es o deba ser el principal asiento de una teoría sobre la sexualidad. Corrigiendo lo escrito en *The Traffic in Woman* afirma ahora Gayle Rubin que es absolutamente esencial analizar separadamente género y sexualidad si se desean reflejar con mayor fidelidad sus existencias sociales distintas. Consciente de que con ello se opone a gran parte del pensamiento feminista de ese momento, avanza en *Reflexionando sobre el sexo* (1989), hacia una nueva

perspectiva de los estudios sobre sexualidad, convirtiéndose en un texto fundacional sobre la teoría queer.

Entendemos el interés de Charo por Dona Haraway, que se ha servido de la idea del sujeto ciborg (un sujeto intervenido por lo tecnológico), para cuestionar del humanismo moderno, los *poderes racionales del humanismo*, a los que aludía ella. Para Dona Haraway, la ciencia moderna se construyó sobre una cierta diferencia de género y, por lo tanto, no sólo es un asunto de ausencia o invisibilidad de mujeres en el momento fundacional de lo que hoy entendemos por ciencia, sino que es su propia concepción la que está marcada por una narrativa en clave masculina.

Un análisis más detallado de las ideas que Charo nos dejó en sus textos, nos llevaría a trabajar sobre las aquí apuntadas, y a insistir en el cuestionamiento de la categoría “mujer” y la influencia de Foucault para explicar desde una narrativa diferente, su carácter inestable, temporal y local.

Referencias

- BARTKY, S. L.: “El masoquismo femenino en la transformación personal”. *La manzana de la discordia*. Diciembre. Año 2, 4, 2007, 129-143.
- BUTLER, J.: *El género en disputa*. Barcelona. Paidós, 2007.
- GARCÍA DEL POZO, R.: *Michel Foucault: Un arqueólogo del humanismo*. Sevilla. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1988.
- GARCÍA DEL POZO, R.: “Subjetividad femenina y genealogía del humanismo”. *Themata Revista de Filosofía*, 31, 2003, 77-87.
- FOUCAULT, M.: *Historia de la locura en la época clásica*. México. FCE, 1976
- RUBIN, G.: “Traffic in Woman: notes on the ‘Politics Economy’ of sex”. En R. Reiter (comp.) *Toward an Anthropology of Woman*. Montly Review Press, 1975.
- RUBIN, G.: “Reflexionando sobre el sexo”. En Vance, C. *Placer y peligro: Exploración de la sexualidad*. Madrid. Revolución, 1989.
- SCOTT, J. *Género e Historia*. México FCE, 1992.

Mulier bona dicendi perita **Recuerdos con Charo**

Jorge López Lloret
Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.08

Conocí a la profesora Rosario García del Pozo...

Bueno, como desde el primer día nos pidió que la llamáramos Charo, respetaré gustosamente su voluntad.

Conocí a Charo el año 1989, cuando yo había empezado a cursar el primer año de la licenciatura de Filosofía. Charo se encargaba de impartir la asignatura “Introducción a la Filosofía” en el turno de tarde. Puesto que éramos un grupo poco numeroso, apenas siete personas, no solo gozamos de su conocimiento, sino también de su proximidad y afecto, aunque estoy seguro de que hubiera sido lo mismo de haber sido más los compañeros. Posteriormente, fui de nuevo alumno suyo durante el curso 1993/1994, cuando asistí a sus clases de “Historia de la Filosofía del siglo XX” (igualmente íntimas y personales), y el año siguiente, cuando algunos tuvimos la ocasión de aprender disfrutando de su asignatura de doctorado “Las ciencias humanas en el análisis filosófico de Michel Foucault: estructuralismo y arqueología. *Las palabras y las cosas*”. Esto fue en su despacho, entre una vitrina hegeliana, repleta de búhos y lechuzas, y una pared completamente cubierta por filósofos. Allí estaban todos. Y todas. Y allí estaba ella, con sus grandes gafas oscuras y su pañuelo al cuello, aunque de esto hablará con más detalle mi compañero José Ordóñez.

Cuando llega el momento en el que hace mucho tiempo de casi todo, los años de estudiante se recuerdan con cierta melancolía, especialmente cuando las personas que nos guiaron ya no están con nosotros y nos dejan, en parte, intelectualmente huérfanos. El recuerdo de que entonces, gracias a quienes nos

guiaban, se abría de repente ante nosotros un futuro que poco a poco, al enredarnos en las trampas de las estructuras y los recuerdos estructurados, hemos ido cerrando, y la evidencia de que fuimos alguna vez jóvenes que prometían que se han metamorfosado en adultos que prometieron, tienen algo de triste y no quisiera que ese fuera el tono de mi tributo a Charo. Comenzaré, por eso, con la anécdota más divertida de mis años universitarios, pues sucedió con Charo durante el primero de ellos. Los siete condiscípulos presentes en la ocasión, según hemos podido hablar posteriormente, coincidimos en valorarlo como uno de los recuerdos más jocosos y, aunque no lo parezca, fructíferos de aquellos cinco años de nuestra juventud.

Charo impartía, como dije, “Introducción a la Filosofía”. A lo largo de ese curso nos habló de una serie de autores que desconocíamos en ese momento (autores de los que, dicho sea de paso, nada volvimos a oír hasta que, cuatro años después, ella volvió a ser nuestra profesora; en este caso, era una asignatura optativa). Entre estos autores estaba Claude de Lévi-Strauss. Charo nos habló de *Las estructuras elementales del parentesco* y de la *Antropología estructural*. Uno de los temas en los que se demoró fue, concretamente, el tabú universal de la “prohibición del incesto”, aquel que dice que se ha de buscar la pareja reproductiva fuera del círculo familiar inmediato.

Charo hablaba con ese elegante dejé sevillano que consiste en sesear, es decir, pronunciar la *z* y la *c* como *s* delante de una *e* o de una *i*. Así que, dicho por ella, el tabú sonaba como “*prohibición del incesto*”. Debido a la aceleración del habla que, como bien sabemos los docentes, se produce en ocasiones al dar clase, no por el ansia de acabar, sino por el entusiasmo de enseñar, Charo acortaba la primera palabra, así que el tabú sonaba, en realidad, como “*probisión del incesto*”.

Entre los alumnos asistentes había un compañero, Francisco (al que Charo llamaba “*Fransisco*”), que venía diariamente de Medina Sidonia. Francisco no entendía nada de lo que Charo decía y se lo hizo saber. Francisco, por otra parte, hablaba con el dejé propio del norte de la provincia de Cádiz y del sur de la provincia de Sevilla, que consiste en cecear, es decir, pronunciaba la *s* como *c* delante de una *e* o de una *i*.

—Charo, por favor, desearía que explicaras mejor lo de la “*provición del incesto*”.

Charo lo volvió a explicar pacientemente, pero Francisco siguió sin entenderlo. El rato que pasamos los demás fue entretenido y el entero, al final, se deshizo. Charo, al sesear y acortar, hizo que “prohibición” sonara como “*probisión*” y que “incesto” sonara como “*inesto*”, lo que Francisco interpretó, respectivamente, como “provisión” y como “incesto”. Francisco, al cecear, pronunciaba “provisión” como “*provición*” e “incesto” como “*incecto*”, lo que Charo interpretaba, respectivamente, como “prohibición” y como “incesto”. Así que, durante un tiempo, el tabú universal de la “prohibición del incesto” fue el tabú incomprendible y surrealista de la “provisión del insecto”. Trampas de las microestructuras fonéticas que a veces resultan divertidas y que, con voluntad y afecto, se pueden desenredar. Para nosotros, fue toda una lección: el diálogo puede ayudarnos, como diría Ludwig Wittgenstein, a salir de la botella.

Anécdotas divertidamente útiles aparte, como digo, Charo nos habló de Lévi-Strauss, nombre que, hasta ese momento, solo hasta ese momento, nos sonaba a pantalones. También nos habló de otros filósofos que por entonces no nos sonaban a nada, como, por ejemplo, de Gilles Deleuze, cuya obra *Nietzsche y la filosofía* nos hizo leer. Nos habló de Jacques Derrida. Y de Vincent Descombes. Y de Gianni Vattimo. Y de Louis Althusser. Y de Jean-François Lyotard. Sí, claro, por supuesto, también nos habló de Michel Foucault, cuyo nombre nos sonaba (pero solo hasta ese momento) a causa de León Foucault, de quien, todo sea dicho, tampoco sabíamos gran cosa.

Hay unanimidad cuando se afirma que Charo fue una de las introductoras de la obra y el pensamiento de Michel Foucault en España y, con toda seguridad, su introductora en Andalucía. La causa desencadenante de todo esto fue el sevillano Patricio Peñalver Simó, importante filósofo y profesor que dirigió, durante los años setenta y ochenta, las tesis doctorales de otros importantes y queridos profesores, como Teresa Bejarano Fernández, José Antonio Antón Pacheco, Gloria Santos Gómez, Luis Núñez Cubero o Ramón Queraltó Moreno. Patricio dirigió en 1978 la tesis de Charo, titulada *El método arqueológico de Michel Foucault y su repercusión en la tarea filosófica actual*. Hace ya casi

cincuenta años; llevábamos muy poco tiempo en democracia y las ideas en España comenzaban a bullir con la ilusión del futuro que ahora disfrutamos, gracias, entre otras personas, a Charo. Ocho años después, Patricio dirigió su tesis doctoral, *Estructuralismo y genealogía en la obra arqueológica de Michel Foucault*, que en parte dio lugar a su obra principal, el libro *Michel Foucault. Un arqueólogo del humanismo*, publicado por la Universidad de Sevilla en 1988, el año en el que Patricio Peñalver se jubiló. Un año después la conocí.

Cuando Charo defendió su tesis, hacía solo doce años que Foucault había dado a la imprenta *Las palabras y las cosas*, solo tres años de *Vigilar y castigar* y aún no se había publicado del todo su *Historia de la sexualidad*, pues el cuarto volumen, *El uso de los placeres y la inquietud de sí*, solo apareció, póstumamente, en 1984. Para una licenciada en Historia del Arte (disciplina que siempre amó y que le condujo, a través de “Las Meninas” de Velázquez, a *Las palabras y las cosas*), enfrentarse a un pensamiento filosófico absolutamente contemporáneo, rabiosamente novedoso, responsablemente transgresor y, *enfin et surtout*, solo disponible en francés, tuvo que ser una hazaña a la que yo, personalmente, concedo más mérito que a sus consecuencias, a saber, la introducción vanguardista de Foucault y el estructuralismo por esta tierra, donde solemos sesear y cecear.

Los hechos “objetivos” pertenecen a la fría historia de los acontecimientos que se registran, graban y quedan ahí, a disposición de quien quiera conocerlos. Uno de esos hechos es el que acabo de reseñar: la profesora Rosario García del Pozo fue una de las introductoras fundamentales del estructuralismo de Foucault en España. Pero durante un tiempo, y para ciertas personas, tienen más importancia las páginas subjetivas que se escriben en la arena evanescente de la memoria. Cuando, en octubre de 1989, conocí por primera vez a Charo como alumno (cosa que sigo siendo), ni yo ni mis compañeros sabíamos nada de Foucault. Desconocíamos absolutamente el hecho de que aún estaba en proceso, en Francia y más allá de Francia, la revolución estructuralista, de la que ella era emisaria. Nosotros entrábamos en liza, de una manera bastante homérica, *in medias res*. Estábamos ante los muros de Troya y no lo sabíamos porque con Charo era como si hablá-

ramos sentados en el ágora o paseando bajo la estoa, tomando conciencia de lo que estaba en marcha. Todo ello era una compleja y radical redefinición de los saberes occidentales, pero para nosotros fue, en realidad, un doméstico *locus amoenus* en el que una profesora nos educaba, es decir, nos orientaba en el más noble sentido de la palabra. Siempre recordaré con agradecimiento el hecho de que lo primero de que nos hablara al introducirnos a la filosofía y al estructuralismo fuera del *sapere aude* kantiano, adagio subyacente a todo el movimiento estructuralista en su esfuerzo por liberarnos a través de la palabra que se critica a sí misma.

Fui alumno de Charo en varias ocasiones y creo que, gracias a ella, he llegado a tener un buen conocimiento de la obra de Foucault. No obstante, si he de ser sincero, no estimo tanto a Charo por haberme presentado a Foucault cuanto a Foucault por haberme sido presentado por Charo. Mi evolución como investigador y como docente me ha llevado a ámbitos ajenos al estructuralismo, pero este forma parte de mi manera de afrontar el mundo. El estructuralismo no es para mí una corriente filosófica que se ha plasmado en una serie de textos canónicos dignos de unos análisis eruditos y minuciosos (cosa que, sin duda, es), sino una competencia personal adquirida que me permite ser consciente de las múltiples estructuras que me cruzan y, con ello, distanciarme de ellas y aceptarlas o rechazarlas, según me lo aconseje mi ética personal. El estructuralismo es para mí algo íntimamente vivido porque mi memoria lo vincula con Charo y, solo de manera mediata, con Foucault y los demás. Me resulta, además, algo amable, a pesar del uso beligerante que Charo, quien lo interpretaba como un arma arrojadiza de crítica y transformación, siempre quiso que hiciéramos de él.

Con Charo he podido convivir también como compañera y, en ocasiones, hemos colaborado en ediciones comunes, como el libro *Variaciones sobre el cuerpo*, de 1999, donde ella participó con “Sugerencias teóricas de una genealogía del cuerpo actual”. Por esa época fui su secretario en el Departamento de Estética e Historia de la Filosofía, que ella dirigía. Una época felizmente estresante, la de la defensa de mi tesis doctoral (tras la cual tuvo la deferencia de invitarme a comer en su casa de la avenida de Blas Infante y de regalarme

un monumental catálogo del museo de Bellas Artes de Sevilla) y mi oposición a titular de universidad. Durante esa época trabajé con ella de una manera estrecha, algo que hizo que me resultaran fructíferas (y soportables) incluso las banalidades cotidianas de la vida administrativa.

Sin embargo, de lo que más merecio es de que Charo me haya abierto las puertas de su amistad, ante lo cual el estructuralismo, Foucault, la historia de la filosofía o las banalidades cotidianas de la vida administrativa pasan a un segundo plano.

Mis recuerdos más personales e íntimos con Charo se ubican en Conil de la Frontera, bajo la luz y entre los pinares que tan bien cantó Joaquín Romero Murube en *Tierra y canción*. Fueron varias las comidas a pie de playa que, con permiso del padre levante, disfruté con ella (y con su esposo Paco y su hija Rosa) durante el *dolce far niente* del verano andaluz. Entonces, junto a los dones que producen la tierra y el mar gaditanos, charlábamos, por supuesto, sobre Foucault y sobre el estructuralismo, pero también sobre la vida y sobre nuestras aspiraciones personales, nuestros gustos y nuestros recuerdos. Uno de los recuerdos de Charo, en el que pienso con frecuencia durante una semana al año, versaba sobre la cantidad de torrijas que tenía que hacer cuando la gente iba durante la Semana Santa a su casa, sita en un hermoso edificio neobarroco de Vicente Traver y Tomás, en la sevillana avenida de la Constitución, epicentro de la Carrera Oficial. En ese momento, cada hermosa primavera, yo que, como todo rancio de libro, soy cofrade, lamento profundamente no haber tenido la ocasión de conocer a Charo algunos años antes.

Por último, Rosario fue para mí la madre de Francisco Vázquez García, maestro, amigo y compañero de trabajo, la suegra de Oliva y la abuela de Curro. Durante muchos años compartimos grandes ratos disfrutando de la inteligencia y la elegancia de Rosario. En mi recuerdo de esos años siempre brillará la presencia de Rosario García del Pozo.

El brillo de Rosario

José Luis Moreno Pestaña

Universidad de Granada

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.09

Rosario García del Pozo fue una pionera universitaria y una persona exigente en el debate.

No fui estudiante suyo, pero he hablado con muchos y muchas. Rosario siempre se recuerda como apasionada y heterodoxa, gran profesora y alguien poco convencional. Quienes hemos estudiado la academia española, conocemos la dificultad de inserción de muchas mujeres en las secciones de Filosofía, donde se encontraban ambientes muy masculinos, conservadores y no siempre corteses y respetuosos. Francisco Vázquez y yo siempre nos reíamos diciendo que “la filosofía española es cosa de hombres”, pero sabíamos que maldita sea la gracia. Rosario además era foucaultiana antes del foucaultianismo, es decir, antes de que Foucault se convirtiese en el Hegel de final del siglo XX; era foucaultiana cuando costaba mucho serlo. El Foucault de Rosario era además el de los años sesenta, tremadamente difícil y oscuro, aunque ella lo explicaba con profundidad y desparpajo. Entonces era duro ser foucaultiana, además siendo mujer, esposa y madre de familia. *Hippie* y afrancesada, en ambientes integradísimos y escolásticos... Rosario lo contaba sin rencor y con mucha pimienta y nos carcajeábamos, pero porque la risa conjura el escalofrío.

Rosario fue muy tenaz discutiendo, sobre todo de filosofía y política. Con ella todo era prolongado y sabías bien que convenía ir por fases. Sin embargo, sabía frenar cuando comprendía que tocaba en sus interlocutores alguna emoción delicada. Entonces miraba y sonreía e indicaba silenciosamente que para ella primero era acoger al otro y luego discutir.

Rosario García del Pozo (1933–2024): Una *rêverie* ilustrada

José Luis Tasset Carmona
Universidad de La Coruña

DOI:

<https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos.filosofia.2025.23.10>

Durante mis estudios de Filosofía tuve un sueño recurrente. Entraba en medio de la noche en una casa de la avenida de la Constitución de mi Sevilla natal. Todos parecían dormir. De pronto aparecía un tipo moreno, bajito y grueso y me decía: “Soy Juan López, el guardián de los secretos. Lo que vienes a buscar ya no está.” Le contestaba: “No sabes lo que busco”. Y replicaba: “De todos modos ya no está, no hay nadie, se lo han llevado todo. Yo estaba invitado a dormir, se han ido y me han olvidado aquí.” Recorría los pasillos y estantes y nada había, sobre todo lo que yo buscaba. Me despertaba siempre enojado y desorientado. Ya no podría nunca robar los 18 tomos de la edición facsimilar de Franco Maria Ricci de la *Enciclopedia* de Diderot y d’Alembert que dormían en los estantes de aquella casa. Mis planes criminales estaban condenados al fracaso. En cualquier caso, en el sueño nunca resolvía la cuestión de cómo iba a bajar con todos los tomos por las escaleras del edificio del Banco Central, en el que estaban la casa y la biblioteca que aparecían recurrentemente en mis ensueños y que estaba fuertemente vigilada por guardias armados. Cosas de los sueños. Creo que mi dedicación a la Ilustración europea procede de mis *rêveries* criminales de aquella época. Si no podía llevarme la *Enciclopedia*, la haría mía investigando sobre ella y la Ilustración europea. Esta sublimación ha sido útil en mi vida, pero hubiera sido mucho más interesante y divertida la opción de criminal bibliográfico mucho más leído que mis sueños me auguraban.

Conocí a Rosario García del Pozo a la vez como madre y como filósofa, ya que fui (y sigo

siendo) compañero de andanzas de su hijo Francisco Vázquez García desde el primer año de nuestra entrada en la Facultad de Filosofía de Sevilla, cuando estaba en la calle Gonzalo Bilbao de Sevilla. Mi amistad fraternal con mi querido Paco me llevó a frecuentar su casa, y su biblioteca y ella y su hijo entraron a formar parte de mi realidad cotidiana. También la *Enciclopedia* de Diderot y d’Alembert que, incluidas las láminas, descansaba en su casa y que tanto influyó en mis ideas y en mi imaginación.

Nunca tuve la fortuna de ser alumno suyo, al menos de forma directa, porque ella y otros excelentes profesores de la Facultad de Filosofía de Sevilla estaban destinados por aquel entonces preferentemente en el “extranjero”, es decir, en la Facultad de Historia de la Fábrica de Tabacos. Sí lo fui en forma indirecta ya que mi novia por aquel entonces, y después ya pasado el tiempo mi esposa, estudiante de Historia de América, sí tuvo la inmensa suerte de ser su alumna en Historia y cada semana en nuestros encuentros, que yo esperaba erótico-festivos, me asaltaba con dudas y complicadas cuestiones foucaultianas acerca del tránsito a la “episteme moderna”. Así que tuve que seguir sus clases en versión diferida para obtener alguna clase de recompensa sentimental y pasional. No era un motivo muy defendible, pero me hizo leer a Foucault por primera vez y sobre todo interesarme por los cambios de paradigma filosófico y cultural, asunto que me ha ocupado casi el resto de mi vida, en particular en lo que respecta a los cambios operados en la época de transición entre la Ilustración y el Romanticismo. No me atrevía a hacer acto de presencia en las clases que impartía porque ya por aquel entonces era yo visitante asiduo de su casa sevillana, refugio de alborotadores varios vinculados a su hijo Paco, mi querido amigo desde entonces. Así que temía ser reconocido y la única vez que me aventuré a entrar en una de sus clases en Historia, alcancé a ver cómo iniciaba una maravillosa explicación del comentario focaliano de Las Meninas de Velázquez, con alusiones detalladas a las distintas partes del cuadro que nadie podía ver porque ella interponía su físico jovial y juvenil justo en la trayectoria del cañón de luz del proyector. Así que alguien más arrojado que yo le hizo ver que estábamos encantados de verla iluminados por la luz de la técnica

moderna, pero que su sujeto material tendría que ser apartado para poder ver el objeto de sus comentarios. Su reacción fue divertida, elegante, ocurrente, afectuosa, inteligente y oportuna. Así la recuerdo desde entonces y la asocio a parte de lo más brillante de la cultura recibida en aquella época y a la creada colectiva e individualmente por aquel grupo de jóvenes pensadores sevillanos, quienes acabamos todos vinculados de una manera u otra a la revista *ER*: Foucault, Borges, Las Meninas, Velázquez. No es poco.

De modo que fui un alumno indirecto e invitado de Rosario García del Pozo y sin embargo extraje de esa extraña condición dos ideas que han perdurado en mi trabajo. Por un lado, la idea de episteme, muy ampliada a partir de su sentido original, en el trabajo de Michele Foucault, y trasladada certeramente a sus clases por Rosario, me hizo ver que las ideas de los filósofos no sólo podían ser historiadas en sentido convencional sino analizadas desde un punto de vista genealógico y arqueológico y que ello enriquecería profundamente nuestra comprensión no sólo del significado de las ideas sino de su posible proyección sobre todo aplicada, muchas veces directamente oculta o negada. De hecho, apliqué este esquema conceptual en varios proyectos de investigación a lo largo de mi carrera académica a la génesis y redefinición conceptual del llamado Paradigma Utilitarista de Racionalidad, intentando ver cómo los rasgos de su matriz conceptual (consecuencialismo, bienestarismo, maximización, individualismo, agregativismo) se iban conformando sucesivamente a lo largo del proceso de génesis del llamado utilitarismo clásico durante los siglos XVIII y XIX. Todo este trabajo hubiera sido imposible sin el descubrimiento del enfoque genealógico y arqueológico que posibilitaron aquellas lecturas foucaultianas de juventud auspiciadas por la docencia de la profesora García del Pozo y alguna de sus publicaciones de los años 80 del siglo XX (principal que no exclusivamente García del Pozo, 1988).

La otra idea de la profesora García del Pozo que me inspiró profundamente, a partir también de su presencia en la obra foucaultiana, fue el uso de las metáforas pictóricas y estéticas para la explicación indirecta, como por capas, de los paradigmas de pensamiento y su relación contextual y genética con sus sustratos históricos, que son así capta-

dos de una manera mucho menos estática, con mucho mayor dinamismo y complejidad. Esta idea la desarrolló en su trabajo del año 2008 (en los Cursos de Verano de Cádiz) “Meninas-Magritte desde la interpretación de Michel Foucault”. Por mi parte, y siguiendo esa inspiración genealógico-pictórica o simplemente estética, desarrollé el paralelismo entre la pintura de Gustave Caillebotte y el complejo pensamiento de James P. Griffin, o las acreditadas conexiones con la pintura de su amigo Eward Hopper (Tasset, 2001). Y sin embargo, pasado el tiempo me di cuenta de que esos análisis sólo fueron posibles por esa proyección y comentario de una diapositiva de “Las Meninas” en un aula de la Fábrica de Tabacos a fines de los setenta del siglo XX. Al final, las cosas acaban encajando y cuadrando y ser generoso es sólo tener buena memoria y respetarla.

Acabados los estudios de Filosofía en Sevilla, Paco, su hijo, se marchó de becario de investigación a la Universidad de Cádiz, con nuestro querido Mariano Peñalver, y yo tras cuatro años también de becario en Sevilla, me marché para no volver a la Universidad de Santiago de Compostela y de allí a la de A Coruña.

Paco mientras tanto me contaba de ella y de su vida familiar y académica, no siempre fácil. Volví a verla cuando su hijo y yo presentamos nuestra esforzada edición para Laetoli de los ensayos sobre homoerotismo de Jeremías Bentham en la Facultad de Filosofía en la que ella ya se había jubilado como profesora. Tras la celebración del acto y en una pequeña reunión de amigos antiguos, me comentó, cariñosa como siempre, que recordaba haberme visto más de treinta años atrás, en su casa, cuando aún era casi un chiquillo, filósofo en ciernes, mirando fijamente, como en una ensoñación, un concreto y preciso anaquel de su Biblioteca, y ahora se había sorprendido al encontrar a un señor que ya nada tenía que ver con aquel joven filósofo, excepto me dijo por el sentido del humor, que oculto bajo mi apariencia profesoral recordaba a aquel jovencito que pululaba por su casa y sus largos pasillos. Fue una grata experiencia volver a verla. No sabía que no mucho después mi amigo Paco me contaría la noticia de su fallecimiento. Sin embargo, mi recuerdo suyo de aquella última vez que nos vimos la rememora elegante y de

negro, divertida y afectuosa. Antes de acabar la velada se levantó, ya en pie hizo un gesto amable de despedida y se marchó. Tengo un grato recuerdo de esa despedida; nunca supe que sería definitiva.

Referencias

- GARCÍA DEL POZO, R. (1988): *Michel Foucault: un arqueólogo del humanismo : (estructuralismo, genealogía y apuesta estética)*. Sevilla : Secretaría de Publicaciones de la Universidad, 1988.
- TASSET, J. L. (2001): «Joven mirando por la ventana». Acerca de la crisis de fin de siglo en las ciencias morales, con unas variaciones sobre la propuesta antiteorica de James Griffin. *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, 10(1), 121-132. <https://minerva.usc.gal/entities/publication/706c672b-81cd-4a11-8001-3cb3d3edaf45/full>

Profesora Rosario García del Pozo

Laura Villafuerte Rodríguez
Consejería de Educación
de la Junta de Andalucía

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.11

Quiero agradecer a Francisco Vázquez y a Rosalía Romero su invitación para colaborar con este nº de *Fragmentos de Filosofía*, merecido homenaje a la profesora Rosario García del Pozo.

La propuesta la acepté inmediatamente con regocijo, pues la viví como una manera sencilla de devolver la gratitud y afecto que sentí por ella.

Estudié en la Facultad de Filosofía de Sevilla en una época en la que el enfoque aristotélico-tomista impregnaba buena parte de temarios y reflexiones académicas, por eso estudiar y aprender filosofía contemporánea de profesoras como Charo, era un estímulo y un regalo.

Charo, porque así la conocíamos y la tratábamos el alumnado, era una profesora singular. Paseaba por la facultad con sus gafas oscuras y su sonrisa eterna, un foco de luz en aquel edificio de Gonzalo de Bilbao, un poco desvencijado y lúgubre. Cercana en el trato, amable, accesible en las distancias cortas, fácilmente encontraba la palabra estimulante y la orientación adecuada para que venciéramos cualquier contratiempo académico.

Recuerdo a Charo como una profesora inspiradora, porque nos animaba a mirar más, a pensar más, a buscar más allá. Escucharla hablar de Foucault, de filosofía contemporánea era un placer, un placer complejo, porque no era fácil seguirla. Fue brillante la defensa de su tesis doctoral sobre el filósofo francés, así como interesantísimo el debate entablado con el tribunal sobre diversos aspectos del pensamiento del mismo.

Disfrutamos una jornada especialmente interesante y grata en Madrid, en la presentación de la tesis doctoral de Rosalía Romero, de cuyo tribunal la profesora Rosario García del Pozo formaba parte. Nadie como ella podía interesar, debatir y argumentar sobre Foucault, también autor objeto de la magnífica tesis doctoral de Rosalía. Fue un placer verlas y escucharlas a ambas en la presentación de la tesis así como en su posterior debate, y cerrar el día con una cena y baile, disfrutando como la ocasión merecía.

Celebro que se dedique esta edición de *Fragmentos de Filosofía* a la profesora Rosario García del Pozo para mantener viva su contribución a la filosofía contemporánea, especialmente en el contexto de la Facultad de Filosofía de Sevilla para que el alumnado actual y futuro pueda tener, de esta manera, más conocimiento de una profesora que significó mucho para las personas que tuvimos la suerte de conocerla, apreciarla y aprender de ella.

Rosario García del Pozo. In memoriam

Ascensión Marcelino Díaz

Consejería de Educación, Junta de Andalucía,
y Universidad de Cádiz

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.12

Conocí a Rosario en septiembre de 2018 en el XII Congreso Andaluz de Filosofía titulado “Filosofía, Mujeres y Naturaleza”, celebrado en Sevilla y organizado por Rosalía Romero Pérez, profesora, doctora en filosofía y escritora. Me la presentó ella misma en la entrada del teatro del Centro Social Hogar Virgen de los Reyes.

—La madre de Paco, Ascen. Paco Vázquez García era entonces mi director de tesis y me sorprendió que Rosario fuera su madre, como si hubiera nacido directamente de la cabeza de Atenea y no de vientre de mujer.

—Yo le he enseñado todo sobre Foucault, me dijo Charo.

Madre y Foucault. Ya. Pero ¿Quién es Rosario García del Pozo?, pensé. Tener internet en el móvil resuelve muchas dudas. Profesora de filosofía de la Universidad de Sevilla, especialista en los “Maestros de la sospecha” y pionera en los estudios sobre Foucault con uno de los primeros estudios sobre su pensamiento: *Michel Foucault. Un arqueólogo del humanismo*, publicado en 1988. En esa fecha, yo estudiaba filosofía en la UNED y criaba a mi hijo.

Meses después del Congreso, fui invitada por Rosalía a asistir a un almuerzo en Cádiz en el que compartiríamos mesa con Charo y varias amigas de ellas dos, una primavera luminosa cerca del mar. Cervecitas, pescaito frito y los postres en casa de una de las amigas, profesora de la UCA. Charo era toda luz, como ese día gaditano. Así es como la recuerdo. Yo no tuve referentes femeninos cuando empecé a estudiar la carrera. Entonces no existía internet, las comunicaciones se sostenían a través de cartas

y teléfono fijo y los trabajos de licenciatura se hacían con la máquina de escribir, en mi caso, con una Olivetti.

En 2011 había empezado a frecuentar la Universidad de Cádiz para cursar el Máster de Género y descubrí la otra cara de la luna de los estudios filosóficos. Existían maestras filósofas, mujeres en la historia del pensamiento y profesoras feministas que alumbraban un camino desde otra perspectiva: la de género. El feminismo es una puerta hacia un diálogo abierto en el que no falten las mujeres. Una reivindicación, una excavación en busca de la justicia perdida en la historia de la cultura, en las ciencias sociales. Durante años lo ignoré todo sobre el feminismo filosófico y la filosofía feminista que venía practicándose desde hacía años.

Me hubiera encantado haber tenido a Rosario García del Pozo como profesora de Historia de la Filosofía y como referente, haber podido charlar dentro y fuera del aula de temas que solo traté a través de los libros en la soledad de mi cuarto de estudio. Pero, como afirma el proverbio Zen, “el/la maestra parece cuando la/ el alumna/o está preparada/o”. Las personas que han llegado a mi vida lo han hecho en el momento justo y en el lugar adecuado.

La relación que tuvimos Charo y yo fue breve e insuficiente. La última vez que nos vimos fue durante mi defensa de Tesis en el verano de 2019. Aunque no la tuve como profesora de filosofía, sí tuve a su hijo como profesor del Máster y director de mi tesis sobre Judith Butler en España. “Yo le enseñé todo sobre Foucault” significaba que, de alguna manera, la conocía a ella a través de Paco. La impronta que dejó en su hijo llegaría a toda persona que trabajara con él. Eso es lo que supone tener una madre que inculca desde la infancia el amor por el conocimiento y el saber. Y deja huella y escuela, no solo en el contexto académico sino también en el personal. Todo lo que hacemos tiene repercusión, aunque lo ignoremos.

La muerte siempre nos enfrenta con nosotros mismos. Se me viene a la cabeza el título de una película dirigida por Agustín Díaz Yanes: *Nadie hablará de nosotras cuando estemos muertas* que transformo en pregunta y respondo. De Charo se hablará porque deja una obra, deja sus investigaciones, deja su fina estampa en cientos de personas que han estudiado con ella. Somos carne y huesos, pura materia insuflada de vida

temporalmente por algo que no sabemos muy bien qué es. No hablo ni de alma ni de mente. Pero sí del espíritu que impregna cada átomo de nuestro ser cuando se traslada hacia cualquier parte de lo que somos o hemos sido, sea través de un libro, de una investigación, de una conversación o de una clase magistral.

En la fugacidad de nuestros encuentros hubo palabras afectuosas y un interés sincero en mi trabajo. Lo que fue, lo que hizo estarán presentes en la memoria de quienes la recuerden: amigos, familiares, lectores o vecinos. Pero también en su obra, que está ahí, para quien quiera conocerla, leerla y estudiar su legado.

En Cádiz. Septiembre 2025.

Despedida a Rosario

Diego Delgado Pastor

Universidad de Cádiz

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.13

Aunque estas palabras puedan sonar a despedida, su intención es totalmente la contraria. Con ellas quiero intentar mantener viva la posibilidad de hacer que trascienda la imagen que tengo de Charo en mi mente. Y que este simple gesto no se borre jamás, perdure y se mantenga a lo largo de los años, y se extienda su efecto acogedor entre generaciones de mentalidades que, al menos en una parte, mantenga el valor de su pensamiento.

Charo y yo nos conocimos en el curso dos mil, dos mil uno. Yo era un joven estudiante de filosofía en la Facultad de Filosofía de Sevilla y, ya en mi cuarto curso creía tener más o menos clara cuál iba a ser mi dedicación en los años venideros. Había conocido ya a profesores de distinta naturaleza, todo un jardín filosófico donde se representaban distintos papeles más o menos frequentados. Donde otros se preguntaban por la “auténticidad”, en ti era simple expresión de un hecho. Y de una ocupación, pues no se trataba de “pura naturaleza”, esa autenticidad procedía de una visión filosófica concreta. Esta posición no reflexiona sobre la “auténticidad”, sino que esta procede de la humildad de la genealogista que se sabe acontecimiento. Detrás del sujeto, detrás del humanismo, cabe pensar todo un mundo que, no por estar ocultado sino tremadamente presente, constantemente visible, supera la comprensión de quiénes somos verdaderamente.

Recuerdo claramente cómo al comenzar a charlar, las primeras veces que coincidimos ya como alumno y profesora, nuestras conversaciones pasaron muy rápidamente a ser directas, por encima de lo convencional. Como si llevásemos toda la vida hablando, como si

nunca lo hubiésemos dejado de hacer, justo en un momento en el que sentía no entenderme realmente con nadie. Y apareciste tú, tan gratuitamente amable, tan ejemplarmente ocupada, pero, sobre todo, tan verdaderamente humilde como para verme de inmediato. Eso, y tu curiosidad infinita, nos vinculó como interlocutores inseparables. Rápidamente te convertiste en compañía, en un mundo de soledad donde los cuidados podían convertirse en un insulto o una debilidad. Nuestras charlas sobre Foucault y Deleuze ayudaron a consolidar esta unión, y tus anécdotas me embriagaban con una facilidad encantadora. Recuerdo los paseos por la facultad, la seriedad con la que afrontabas mis razonamientos e hipótesis de joven impaciente, y la dignidad que ponías en cada una de mis palabras, al devolvérmelas en su justa consideración, integradas en una mezcla de sabiduría y afecto que yo jamás antes había experimentado.

A esto habría que añadirle otro aspecto que hacía la situación mucho más interesante; tu condición de mujer filósofa que tuvo que lidiar con su época. Fuiste siempre ejemplo de libertad y autonomía, desde un campo muy singular y totalmente masculinizado, tu misma vida fue ejemplo de ese ejercicio de reconocimiento de cómo el poder nos ata a un cuerpo naturalizado, y cómo este se puede reproducir bajo diferentes formas de dominio. Así, tu pregunta por “¿cómo se construyen las reglas simbólicas que modifican o hacen nacer las subjetividades, las técnicas del yo, la autoestima y la obediencia de los cuerpos?”, creo, sigue estando plenamente en vigor entre todos nosotros. Mucho más hoy, en el que estas cuestiones han revisitado sus configuraciones más grotescas.

En este momento oscuro, donde parece regresar el humano más que humano, debemos seguir defendiendo tu proyecto filosófico, tu gesto de resistencia a esa oscuridad que en estos días nos invade. Un proyecto que germinó en muchos de nosotros, los que nos congregamos en este momento de despedida. Ojalá lleguemos a experimentar un momento en el que tu modelo de pasión se haga hegemónico; ojalá la gente no pueda pensar por debajo de tu sentido del afecto. Siempre en mi corazón.

Semblanza de Charo García del Pozo

José Antonio Antón Pacheco

Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.14

En esta breve semblanza recalco el sentimiento pluralista de Charo que baso en el hecho de que nunca ella mostrara displicencia u hostilidad hacia opiniones filosóficas distintas. Al menos esa fue mi experiencia personal. Siempre lo humano, lo cordialmente humano, se sobrepuso a lo ideológico.

Recurriendo a una licencia poética, decir que Guénon y Foucault dialogaron. Y no es solo una metáfora, pues a la poste quienes salieron ganando fueron nuestros alumnos que en esta ocasión se libraron del pensamiento único.

Al evocar la figura de Rosario García del Pozo no puedo dejar de recordar los años duros que, cuando la conocí, acontecían en nuestra Facultad de filosofía. El recuerdo de esta circunstancia no me trae a la memoria ningún sentimiento victimista ni mucho menos rencoroso. Más bien al contrario: si hago presente aquel tiempo difícil es para resaltar precisamente el afecto y la relación amigable y cordial que siempre hubo entre Charo y yo, lo cual nos permitió una relación que estaba por encima de las pequeñas miserias que, a veces, ofrecía el transcurrir de la vida académica, y que, sin duda, hacía de ésta una realidad más grata y habitable.

No creo que haya que insistir mucho sobre las diferencias filosóficas que había entre Charo y yo. René Guénon es difícilmente conciliable con Michel Foucault, y Swedenborg con Freud. Nuestros intereses eran dispares y no lo voy a ocultar o amigar. Pero si los rememoro es para dar fe del espíritu tolerante y abierto de Charo, pues nuestras discrepancias en el terreno intelectual nunca impidieron que la amistad que sosteníamos perdurara hasta su muerte. La tolerancia es una virtud predicada por muchos pero que a la hora de la verdad no siempre hace acto de presencia como quisiéramos. Esta aptitud de apertura por parte de Rosario García del Pozo se mantuvo, desde luego, en los años en que fue directora del Departamento de Estética e Historia de la Filosofía, un cargo puede poner a prueba esta disposición a la que aludo.

... Detrás de esas gafas oscuras

Pepe Ordóñez García
Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.15

En memoria de Charo, compañera y amiga

Los pasillos de la calle Gonzalo de Bilbao, donde allá por los setenta estaba la Facultad, no eran demasiado largos ni tenían recovecos tortuosos tales como los de la antigua fábrica de tabaco. Eran pasillos, corredores más bien; no por las prisas, pero con una personalidad peculiar, algo lúgubres y poco dados a hacer corrillos o fugaces encuentros en torno a variopintos asuntos (para estos menesteres estaba el Bar Lobo). Andar por ellos en busca de un aula o un despacho determinado te hacía experimentar la premonición de un oscuro futuro para esto de la filosofía. Tanta humedad y umbría no podía ser bueno para la salud y mucho menos para la adquisición del pensamiento recto. Había pocos bancos en esos pasillos y Paqui, la limpiadora montaraz, no dudaba en darte un golpetazo con la fregona si, sentado en uno de ellos, no levantabas los pies para seguir con su tarea. Sin embargo, esos pasillos se llenaban de vida cuando la Liga Comunista, la ORT, la Joven Guardia Roja, el PC, el PT la CNT... (siempre eché de menos al Socorro Rojo, dado nuestro escaso nivel pecuniario) montaban sus mesas de información y propaganda animando, así, el cotidiano absentismo de los pasillos. No menos jolgorio se liaba cuando cada año aparecía en las paredes del pasillo de entrada a las aulas las pancartas con la concesión anual de currutacas al profesorado de filosofía ¿quién iba a imaginar que aquel evento desternillante se convertiría con el tiempo en lo que hoy se conoce, rimbombantemente, como “Encuestas de opinión del alumnado”.

Charo, que fue mi compañera de Departamento desde 1997 hasta su jubilación y, sobre todo, amiga, transitaba por esos pasillos de entonces. En esos años de 1978 a 1986, que dejé la Facultad, no tuve la oportunidad ni la ocasión de tenerla como profesora, simplemente la veía por los pasillos y me limitaba a mirarla con cierta curiosidad: aspecto juvenil y con unas gafas oscuras. Cada vez que la veía me preguntaba cómo podía desenvolverse por aquellos pasillos con esas gafas, de qué extraña luz y de qué fuente le ponían a salvo. Reconozco que al verla pasar delante de mí me insuflaba la sensación de lo inquietante, tal como lo explica Freud en su comentario al cuento de E.T.A. Hoffmann *El hombre de arena*. Desde luego no era para protegerse de la luz del sol; siempre las llevaba puestas estuviese donde estuviese. Yo me preguntaba –típica compulsión filosófica, infantil, aunque recurrente– a santo de qué ese portal hacia el misterio. ¿Unas gafas foucaultianas para ver la realidad oculta de los entresijos ideológicos? Ciertamente gafas sospechosas. Sin embargo, lo invisible se me antojaba detrás de esos cristales oscuros. Charo vista, es un decir, metafísicamente, allende lo ignoto de unos ojos escondidos, cuya mirada no podía ser vista. Lo visible y lo invisible a juego con una actitud y un modo de transitar la filosofía desde otro lado. Charo con gafas era la real para mí, aquella cuya sonrisa me hacía adivinar unos ojos llenos de vida, de curiosidad, pero también de intimidad, de cuidado por lo más propio. Así, lo invisible, que lo es por ser tal, me llamaba la atención y, de alguna manera, me interpelaba. En lo visible Charo me era familiar, cercana, amiga, pero en lo invisible Rosario era para mí un enigma; no tenía gafas ni andaba por la Facultad. Nunca supe por dónde andaría Rosario allá por lo invisible, ni si ahí ponía a resguardo sus emociones. Se dice que el rostro es el espejo del alma, pero ese espejo necesita de la mirada, de la profundidad anímica. En lo visible nos movemos en la certidumbre o eso creemos y confiamos.

La realidad de Charo, esa realidad que digo y conocí, estaba tamizada por sus gafas oscuras. La realidad con la que trataba yo y con la que trataba ella no eran exactamente la misma. La suya era filtrada, tenía un matiz distinto a la mía. Para ella lo visible tenía otro tono y ese tono debía dar un carácter singular a su relación con nosotros y con las cosas; me hubiese gustado

saber cómo me vería a mí, qué descripción haría. El color tiene su protagonismo en nuestra relación con el mundo y en nuestro estado anímico. Nunca sabré cómo nos vería, conocería Charo, porque nunca le pregunté. Sin embargo, hay una cosa que es común en todas las gafas de color y es la intensidad de la luz. Así, que lo cierto es que lo que veía Charo era de una luz atenuada, como de hecho era su trato diario con nosotros en el Departamento y creo que hacía bien: era una buena estrategia anímica para rebajar el exceso de testosterona en los consejos de departamento. En ese ambiente no le quedó más remedio que convertirse en una pionera del feminismo incipiente, un feminismo animado por Foucault que le vino al pelo para defender su sitio legítimo. Sabemos que una luz intensa dificulta la visión del otro lo mismo que otra más tenue. ¿Es que Charo había encontrado en el tono de sus gafas la intensidad conveniente para su justa medida del otro? ¿para esa diferencia constitutiva y constituyente? En este embate Charo contaba con un instrumento de precisión: lo dado no se le daba de forma inmediata, sino mediáticamente. ¿Mirada tramposa? ¿al margen de la cosa misma? Claro que no. No creo que haya alguien capaz de ver las cosas mismas, porque las cosas no tienen mismidad, solo constelaciones respecto a la luz.

Habrá quien piense que esas gafas era un rasgo de coquetería. Es una posibilidad, pero Rosario me era del todo desconocida. La medida de esas gafas me hacía sospechar que detrás de Charo tenía que haber una gran mujer.

Evocaciones del Zarathustra (Evocando a Rosario García del Pozo)

Manuel Barrios Casares
Universidad de Sevilla

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.16

Llegué demasiado pronto. Por apenas unos años de diferencia no tuve la oportunidad de contar con el magisterio de Rosario García del Pozo en mis estudios de licenciatura y doctorado. En el mismo curso en que yo ingresaba en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Sevilla, leía ella allí su tesis, *El método arqueológico de Michel Foucault y su repercusión en la tarea filosófica actual* (1978), y fue a partir de entonces cuando comenzó a desarrollar una actividad docente más intensa, compatibilizándola con la elaboración de su tesis de doctorado, una fértil investigación que más tarde publicaría como libro y la convertiría en uno de los primeros referentes de los estudios foucaultianos en España¹. Pero que no coincidiéramos en las clases de su asignatura predilecta, *Historia de la filosofía moderna y contemporánea* (todavía impartida en mis años mozos por su director de tesis, el apreciado profesor Patricio Peñalver Simó), no significa que no tuviéramos contacto desde fecha temprana y no congeniáramos en seguida. El interés compartido por el pensamiento nietzscheano y foucaultiano se combinó en nosotros con un sentimiento mutuo de simpatía personal y he de decir, con gratitud, que ya desde aquella primera etapa mía de formación filosófica universitaria conté con el apoyo generoso de Charo García del Pozo. Ella disponía de una espléndida colección de libros de filosofía y a ésta acudí para consultar volúmenes de la vieja edición de *Obras Completas* de Nietzsche publicada por Aguilar, de la que faltaban algunos tomos en la biblioteca de la Facultad, cuando durante el segundo año

1 Rosario García del Pozo, *Michel Foucault: un arqueólogo del humanismo* Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1988.

de carrera dediqué el grueso de mis esfuerzos al estudio del pensador alemán.

Había además una faceta del carácter de Charo que me resultaba tremadamente afín y me encantaba: se trataba de la fina ironía con la que despachaba la prepotencia de algunos de sus colegas, tanto más pretenciosos cuanto más ignorantes. Lo hacía de modo reposado, sin aspavientos, y sin buscar tampoco hacer sangre. Sabía ser, con elegancia, crítica y conciliadora a la vez. Recuerdo bien ese gesto tan distintivo suyo de guiñar un ojo, ponerse la mano delante de la boca, medio tapándosela, acercársete al oído y, con una risita apenas contenida que le hacía sacudir los hombros, deslizar en voz baja un ingenioso comentario, que desbarataba al momento la fachada argumental de algún dogmático contendiente. Tenía asimismo una visión muy clara de la importancia de que las personas de mente abierta y sólida formación se implicaran en la gestión académica con el firme propósito de trasladar a la institución un ideario de progreso y libertades, alejado de esa ranciedad tan extendida aún en las universidades españolas de finales de los años setenta. Seguramente por eso celebró tanto en su día el hecho de que su hijo, gran especialista también en Foucault, el catedrático Francisco Vázquez García, accediera al cargo de Decano en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz. Cuando lo hice yo, en la Facultad de Filosofía de la Hispalense, me sentí muy arropado por ella y nunca me faltó un consejo oportuno y desinteresado por su parte.

En ese contexto, resultaba de lo más estimulante el modo en que Charo era capaz de trasladar las enseñanzas foucaultianas sobre las imbricaciones entre saber y poder al plano de los conflictos cotidianos con los que había que bregar. Y suponía un recordatorio de lo verdaderamente importante el que, en medio de cualquier problema coyuntural que pudiera urgir, siempre supiera encontrar tiempo y espacio para hacer un paréntesis y dedicarse a comentar con calma y en detalle el asunto filosófico al que estuviera dándole vueltas en ese momento.

En particular, Charo solía recurrir a la cuarta parte de *Así habló Zarathustra* para ilustrar con el ejemplo de los “hombres superiores” las diferentes modalidades del nihilismo incompleto que ella, al igual que yo, consideraba tan vigentes en la sociedad y la cultura del presente como en tiempos de Nietzsche. Tenía muy estudiados esos

tipos, entendía bien el sentido de la duplicidad de caras con las que Nietzsche los caracterizaba, en tanto modos de aspirar a resolver la crisis del mundo moderno que, sin embargo, se revelaban finalmente incapaces de asumir hasta sus últimas consecuencias el dictamen de la muerte de Dios; y acertaba a enlazar esta dimensión de la crítica nietzscheana con el análisis genealógico foucaultiano de las diferentes formas de subjetivación, avistando así unos elementos en la obra del pensador francés que sólo saldrían a la luz muy posteriormente, con la publicación póstuma de algunos de sus cursos y escritos inéditos.

Charo García del Pozo poseía además una especial sensibilidad para las cuestiones artísticas. Le fascinaba, por ejemplo, la manera en que Foucault había plasmado el “orden de la representación” a través de su comentario al cuadro de *Las Meninas* de Velázquez en el primer capítulo de *Las palabras y las cosas*, y por eso volvía una y otra vez a ese texto. Del mismo modo, en el *Zaratustra* —y, como digo, sobre todo en su cuarta parte— percibía la existencia de una intensa experimentación estilística, mediante la cual Nietzsche intentaba dar un vuelco a las formas convencionales en que la tradición filosófica había solidado articular sus propuestas teóricas, mas sin acabar de ver en qué podía consistir exactamente semejante recurso expresivo. A propósito de esto, recuerdo cómo le llamó la atención el capítulo de mi ensayo *La voluntad de poder como amor* titulado “Soledad azul”, en el que yo reivindicaba el significado filosófico, no meramente estético, de la singularidad formal adoptada por Nietzsche en *Así habló Zaratustra* y, sobre la base de una comprensión de las peculiaridades de su estructura compositiva, apuntaba a la dimensión irrepresentable de las enseñanzas del maestro del eterno retorno². Me permito extenderme brevemente sobre este punto para explicar mejor la perspicacia de la profesora García del Pozo a la hora de captar el modo en que Nietzsche habría ensayado ese pensar de la exterioridad potenciado luego por Foucault.

2 Argumentaba ahí que la tercera parte funcionaba como un “falso centro” de la obra, por cuanto el “tema” del eterno retorno no llegaba a exponerse, sino sólo a mostrarse en las variaciones del enano, el espíritu de la pesadez o los animales de Zaratustra, como queriendo indicar que este pensamiento no se valida con argumentos, sino experimentándolo en la propia piel (1990, 50-51).

Incidiendo en la peculiaridad de la ruptura estilística del *Zaratustra*, mi interpretación tomaba como referencia la de Eugen Fink, al tiempo que se contrastaba con ella. En efecto: en su ya entonces clásica monografía *La filosofía de Nietzsche*, Fink había subrayado la idea de que la novedosa forma de expresión de *Así habló Zaratustra* no había surgido de la noche a la mañana y sin mediaciones, sino que estaba prefigurada en los rasgos experimentales del “espíritu libre”. Así pues, se trataba, más bien, de un estilo consecuente con el hecho de que Nietzsche se hubiera desprendido del “corsé positivista” de sus obras del período intermedio y hubiese adoptado un lenguaje simbólico, cargado de imágenes, alejado de los conceptos abstractos, para dar cuerpo a una nueva “experiencia del ser”. Influido por su maestro Heidegger, Fink tendía así a concebir este *pensar poetizante* nietzscheano como un ejercicio ontológico de creación de la verdad, como producción originaria (*poiesis*) de una nueva dimensión de lo real en cuanto tal. Desde estos parámetros, la cuarta parte no podía suponer sino un decaimiento de la potencia poético-especulativa de Nietzsche y, en ese sentido, escribía el exégeta:

Pero en la cuarta parte aparecen elementos estilísticos nuevos. La fábula, que en las tres primeras actúa sólo como un lazo ligero que mantiene la conexión y cuya única gradación consiste sólo en que primero la predicación se dirige a todos, luego a unos pocos y, por fin, era sólo el diálogo de Zaratustra consigo mismo y en último lugar, el cántico de su alma; la fábula, decimos, resalta ahora con mayor fuerza; más aún, resalta de una manera exagerada. Hay salidas de tono penosas y lamentables; toda la cuarta parte es una caída. En cierto modo, la visión intelectual-poética parece agotada. Como un maligno juego de sátiros pende esta cuarta parte sobre la obra que reveló una nueva visión trágica del mundo. Esta última parte había de servir para mostrar la inmensidad de la grandeza de Zaratustra, comparada con las formas de grandeza humana habidas con anterioridad, para revelar su elevación por encima de todos los tipos de «hombre superior». Pero esto precisamente no se consigue y no pasa de ser una mera «actitud». Se describe a Zaratustra como el magnánimo, el victorioso, el bondadoso, el seguro de sí mismo en medio de los extraños fragmentos que los hombres superiores representan. La figura de Zaratustra no gana esencialmente en

profundidad ni en concreción existencial por su superioridad sobre los hombres superiores. Nietzsche no consigue mostrar cómo vive aquel ser a quien caracteriza el conocimiento de la muerte de Dios, de la voluntad de poder y del eterno retorno. Aquí no basta ya su arte de describir sentimientos y actitudes virales. Como pensador de las nuevas ideas, Zarathustra está más allá de la psicología de Nietzsche (1979, 136).

Mi punto de vista, por el contrario, era el de que Nietzsche había cambiado deliberadamente de registro para “descentrar” la estructura compositiva, de aire musical, de su “poema sinfónico”, resistiéndose así a una lectura cerrada, *ontologizante*, de la obra y enfatizando los componentes retóricos e incluso paródicos de la cuarta parte con plena conciencia de ello³, quizás con el objetivo nada descabellado de ponerse en condiciones de “reírse de sí mismo”, esto es, de burlarse de la gravedad solemne con la que algunos podrían tomar en serio el “evangelio” de Zarathustra (como si, de hecho, quisiera ser un nuevo evangelio, una nueva religión), apostando, en cambio, por una lectura irónica de sus propias propuestas, sabedor de que éstas se hacían, no al margen ni más allá de la historia de la metafísica y del nihilismo, sino desde el propio suelo histórico de una fábula cultural europea llamada a su declive y problematización. Por tanto, para mí, el juicio de Fink resultaba desacertado en la medida en que desenfocaba el verdadero objetivo de Nietzsche en esta cuarta parte: no tanto el de mostrar a Zarathustra como modelo existencial a imitar, cuanto el de hacer caer en la cuenta de que esas sombras y máscaras de Zarathustra que serían los “hombres superiores” representaban nuestras propias formas imperfectas de lidiar con la gran enfermedad suscitada por la crisis de los valores moral-metáfísicos del pasado. Lo que Fink no alcanzaba

³ Así, acudiendo a la distinción entre drama y tragedia acuñada por Eugenio Trías en su libro *Drama e identidad, o bajo el signo de interrogación* (1974), escribía yo: “Por ello mismo, desde el punto de vista de una comprensión no estrictamente dramática del sentido global de *Así habló Zarathustra*, sería preciso reconsiderar el valor de esa cuarta parte, tantas veces postergada: entre otras cosas porque es en ella donde Nietzsche intenta (e.d., *experimenta*) cabalmente activar una determinación positiva para la idea de eterno retorno, no desde sí misma, sino en base a lo que ésta puede aportar al tránsito desde el último hombre hasta el superhombre” (1990, 51).

a ver es que la deconstrucción de la identidad del yo que implica para Nietzsche este proceso desmitificador — el de hacerse consciente de que la verdad metafísica del ser era una fábula — incide sobre la propia figura de Zarathustra (tal como lo hará sobre el propio autor en *Ecce Homo*) y obliga a una escritura muy consciente de sus propios márgenes.

Esto es lo que Charo García del Pozo estimaba como la herencia nietzscheana más cabal de la obra de Michel Foucault y es algo en lo que no dejó de incidir en sus escritos. Así, en su artículo “El signo y el pensamiento del exterior en una arqueología del conocimiento”, explicaba cómo el interés de Foucault por pensadores como Marx, Nietzsche o Freud nace de la circunstancia de que éstos despliegan unas técnicas interpretativas que hacen que el intérprete se refleje en ellas como en un permanente juego de espejos, impidiéndole adoptar la perspectiva tradicional de un contemplador aséptico (el denominado “punto de vista del ojo de Dios”). En el caso de Nietzsche, con ello no sólo se problematiza la posición del sujeto, sino la de la propia cultura, haciendo que surja la pregunta por los límites de lo que puede pensarse desde dentro de la misma⁴: una cuestión que no se resuelve ya con el expediente de una presunta profundidad interior a la que podría acceder la conciencia esclarecida, sino reconociendo más bien — escribe Charo — que “los signos se sitúan en un espacio de profundidad exterior donde se cruza el lenguaje con la historia. Una emergencia de los signos que tiene como condición previa su emergencia en la historia” (1987, 41). A renglón seguido, cita como complemento este pasaje de Foucault:

Hay en Nietzsche una crítica de la profundidad ideal, de la profundidad de la conciencia que denuncia como invento de filósofos; esta profundidad sería la búsqueda pura e interior de la profundidad. Nietzsche pone de manifiesto que esa profundidad implica la resignación, la hipocresía, la máscara, aunque el intérprete, cuando

⁴ Esta consideración tenía en Rosario García del Pozo carácter programático: al situarse en los márgenes, un pensamiento del afuera cuestiona que los signos de una cultura posean sin más carácter universal, antes bien, se encuentran atravesados por contingencias, intereses, prácticas y materialidades que determinan un orden específico de relaciones. Su crítica a los excesos eurocentristas o su compromiso feminista hallaban ahí sustento teórico.

recorre los signos para denunciarlos, debe descender a lo largo de una línea vertical y mostrar que esta profundidad de la interioridad es en realidad algo muy distinto a lo que parecía. Es necesario, por tanto, que el intérprete descienda, que se convierta, como dice Nietzsche, en el buen excavador de los bajos fondos.

Pero, en realidad, no se puede recorrer esta línea descendente cuando se interpreta, sino para restituir la exterioridad resplandeciente que fue recubierta y enterrada. Y es que, si el intérprete debe ir personalmente hasta el fondo, como un excavador, el movimiento de la interpretación es, por el contrario, el de un desplome cada vez mayor, que deja que por encima de él se vaya desplegando la profundidad de forma cada vez más visible. Y la profundidad se vuelve ahora un secreto absolutamente superficial de forma que el vuelo del águila, la ascensión a la montaña, toda esta verticalidad tan importante en Zarathustra, no es, en sentido estricto, sino el revés de la profundidad, el descubrimiento de que la profundidad no era sino un juego y un pliegue de la superficie (1970, 30).

Charo me lo dijo una vez y sólo ahora, al evo-carla, pasados los años, llego a entender mejor qué es lo que quería decir con eso: “la cuarta parte del Zarathustra es *el revés de la profundidad de todo lo anterior*”. Que los signos “mienten demasiado”, que se hallan cargados de historicidad y comprometidos en relaciones de poder, y que por eso la crítica, siempre ejercida desde ellos, no puede ser inocente respecto a los medios que emplea: esto es también lo que el cambio tonal del Zarathustra parece indicar, sin que ello suponga una mera impugnación de los discursos previos. A Charo, el título del último capítulo de la cuarta y última parte de *Así habló Zarathustra*, “El signo”, se le antojaba lleno de riqueza semántica, cargado de registros, entre ellos, el de una especie de recuperación final de la heroicidad de la figura del profeta del eterno retorno tras haber marcado distancia con los hombres superiores. Pero no pensaba que eso obviase el afán más claro de Nietzsche en esta entrega final: el hacer de la risa el más libre movimiento disolutivo de las fijezas dogmáticas, el movimiento genuinamente transvalorador. Así, invitando a multiplicar las lecturas posibles del texto, cabría pensar este “malicioso juego satírico” (Fink) como una suerte de guiño o llamada de atención final en la que Nietzsche,

con risita floja, hubiese querido susurrarnos al oído una occurrente advertencia sobre la pre-sunta seriedad de las cosas humanas, demasiado humanas.

Referencias

- BARRIOS CASARES, M., *La voluntad de poder como amor*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1990.
- FINK, E., *La filosofía de Nietzsche*. Madrid, Alianza, 1979.
- FOUCAULT, M., *Nietzsche, Freud, Marx*, Barcelona, Anagrama, 1970
- GARCÍA DEL POZO, R., “El signo y el pensamiento del exterior en una arqueología del conocimiento”, en *Thémata, revista de filosofía*, Sevilla, 4 (1987), pp. 39-48.
- GARCÍA DEL POZO, R., *Michel Foucault: un arqueólogo del humanismo (estructuralismo, genealogía y apuesta estética)*. Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1988.
- TRÍAS, E., *Drama e identidad, o bajo el signo de interrogación*. Barcelona, Barral, 1974.